

Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 77 - Julio de 2016 - Distribución gratuita www.universoctr.com



8

Rifas

10

El desarenadero

12

Asesinos y héroes

16

Una semana como raspachín

20

Más para qué

22

Monedas de fantasía

24

Enfermo por Nacional

 **universo centro**
DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

- Juan Fernando Ospina

EDITOR

- Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

- Fernando Mora Meléndez

- Guillermo Cardona

- Alfonso Buitrago

- David E. Guzmán

- Andrés Delgado

- Anamaría Bedoya

- María Isabel Naranjo

- Paula Camila O. Lema

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

- Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

- Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

- Gloria Estrada

ASISTENTE

- Sandra Barrientos

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Número 77 - Julio 2016

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Matrícula condicional



En 1990 se gestaron dos íconos de la cultura juvenil en la ciudad de Medellín. *No nacimos pa semilla* y *Rodrigo D. No futuro* entregaron una realidad desatinada, un retrato crudo y apenas entrevisto por una ciudad que miraba con recelo hacia las laderas. Los jóvenes se convertían entonces en protagonistas de una manera violenta e inesperada. Eran las principales víctimas y los principales victimarios de una matanza indiscriminada que dejó huellas en los mapas demográficos de la ciudad. La guerra la dirigían desde arriba los mandamases con aire de benefactores o de recios prefectos de disciplina. La muerte de jóvenes entre los 15 y los 24 años a comienzos de la década de los noventa representó una especie de epidemia social. Medellín alcanzó tasas de 381 homicidios por cada 100 mil habitantes, y es seguro que en el caso de los pelaos esa cifra llegó a duplicarse. Desde finales de los setenta los homicidios de jóvenes comenzaron a crecer en Medellín hasta encontrar una fuerte alza a partir de 1984 y un pico máximo en 1994. Actualmente cerca del 50% de los homicidios de la ciudad tienen como víctima a un joven entre los 10 y los 28 años. El 94% de los asesinados son hombres, de ellos el 8.8% registraba algún antecedente por infracciones penales o policivas antes de ser asesinado. Pero nos hemos acostumbrado a ver la muerte de los pelaos como un asunto inevitable, inherente a la vida del barrio y la esquina, y muchas veces la muerte viene acompañada de una condena social sobre la víctima, una forma velada de justificación.

A la estridencia de *Rodrigo D* la ciudad ha respondido con programas como la Red de Escuelas de Música de Medellín donde más de 4.500 niños y jóvenes se prueban con las cuerdas, la percusión y los vientos. Las becas del Fondo EPM han elevado al 35% el nivel de cobertura en educación superior, y el programa de primer empleo del gobierno nacional promete enganchar a cuatro mil jóvenes sin empleo este año. Pero la cantera de los combos y las bandolas sigue siendo grande y persiste el protagonismo de los pelaos en las vueltas bravas y las vueltas breves. Un estudio presentado el año pasado por la corporación Casa de las Estrategias demuestra que

la reducción de homicidios de jóvenes obedece a ritmos distintos. Se tomaron los homicidios cometidos en la ciudad entre octubre de 2013 y noviembre de 2014 y las cifras de los barrios con mayores problemas confirman en quiénes se concentran los riesgos. En San Javier la tasa de homicidios es de 57 por cada 100 mil habitantes, para los jóvenes llega a 122. Lo mismo sucede en San Cristóbal (52-108), Castilla (40-102), Altavista (42-75). También las capturas se concentraron en hombres entre 18 y 28 años, sobre todo por los delitos de porte, tráfico y fabricación de estupefacientes (que corresponden a la mitad de las capturas), hurto a personas y hurto de motos.

El número de jóvenes que ni estudian ni trabajan en la ciudad ha crecido ligeramente en los últimos años y las administraciones rebuscan programas para su rebaño más temido y más vulnerable. Los datos del reciente estudio *Medellín cómo vamos* nos dicen que los quince años siguen marcando el punto de las grandes decisiones. En el año 2015 el 95.2% de los quinceañeros de la ciudad estaban matriculados en el colegio, pero la física, la química y la trigonometría traen sus problemas y cuando se cuentan los pelaos de dieciséis años los matriculados caen al 77.1%. La ciudad ha crecido en cobertura escolar para los menores de cinco años, pero los colegios cada vez pierden más estudiantes en la edad más difícil. Para los profesores no es fácil pelear con quienes ofrecen un celular, una moto, el estatus de un fierro. Y salir de esa matrícula siempre es más difícil que huir del colegio. El año pasado desaparecieron de las planillas de los colegios 9.131 muchachos de 15 y 16 años, cerca de 2.000 más que hace tres años.

Se calcula que en la ciudad hay 600.000 muchachos entre los 14 y los 28 años. Un grupo que decide futuros propios y ajenos, que mira siempre al Estado con los ojos de la desconfianza o el desdén. Casi todos los puentes en Señal Colombia repiten *Rodrigo D. No futuro*, tal vez sea una especie de estrategia para reiterar un reto que se renueva y se complica, en el que cambia la banda sonora pero que será siempre una pesca en la que el Estado se debate entre la dinamita y algún anzuelo atractivo. ©

El juglar de las manos grandes

por **HERNÁN CADAVID**

Fotografía: Juan Fernando Ospina

La primera y última vez que lo vi en persona fue en el Hotel Tropical, en Medellín, un pequeño y modesto hospedaje ubicado en la esquina de Palacé con Bolivia, una cuadra abajo del Parque de Bolívar y de la iglesia Metropolitana, pleno Centro de la ciudad. El hotelito era un lugar familiar que recibía con verdadero calor humano a visitantes de la Costa Atlántica y Pacífica, razón por la cual sus doce habitaciones permanecían ocupadas durante la mayor parte del año. Su clientela, compuesta en su mayoría por costeños trabajadores del campo y músicos vallenatos que llegaban a la ciudad a grabar sus producciones, no cambiaba ese rincón acogedor por el más elegante hotel cinco estrellas.

Apenas cuatro años atrás yo había dejado de vivir allí con mi madre, y habíamos abandonado sus paredes de gris humo, pulcras y hospitalarias, el cariño y la compañía de mi tía Rosa Elena y mi primo Carlos, para irnos a buscar mejores rumbos. Mi madre, que en un principio se desempeñó allí como camarera y luego pasó a trabajar en la casa de don Carlos Góes, el propietario del hotel, cogió sus escasas pertenencias y salió conmigo de la mano, con la rapidez y la convicción de quien toma una decisión de la que no teme arrepentirse.

Atrás quedaron mis juegos en el oscuro corredor con carros de ambulancia y pelotas de carey, las chanzas a los transeúntes desde el balcón que, rebosante de flores, mi primo y yo creamos un pequeño bosque donde solíamos escondernos cada vez que la culpa nos lo aconsejaba. Atrás quedaron los chapuzones en la pequeña pileta del baño principal y los paseos dominicales al Parque de Bolívar para disfrutar las crispetas y la fuente multicolor cuando llegaba la noche.

Por eso, aquel día en que fui a visitar a mi tía y mi primo, después de un largo tiempo de ausencia y mientras rememoraba momentos felices en la salita de televisión cercana al comedor, no presté mucha atención cuando mi tía me preguntó si conocía a Alejo Durán.

—No tía, no. ¿Quién es ese señor? —respondí con la ignorancia musical que mis diez años de avidez futbolera podían respaldar.

—Es un famoso músico vallenato —me explicó ella. Y como mostrando su orgullo de anfitriona, repuso:

—Siempre que llega a Medellín se aloja aquí. Aunque hacía mucho tiempo que no venía. Está en la tres —fue su forma de decirme que Don Alejo, como le decía, estaba hospedado en la habitación número tres, precisamente cerca a la salita de televisión donde estábamos sentados.

De inmediato llegaron a mí las imágenes de los músicos vallenatos que recién llegados al hotel, una vez caída la tarde, improvisaban sus parrandas trasladando su ambiente de jolgorio a la sala principal de un hotel que era a la vez mi vivienda y mi mundo mágico. Desde el amplio comedor, como mimetizado entre las sillas y las columnas angostas de madera que definían el espacio de los comensales, yo los miraba y escuchaba sin alcanzar a vislumbrar que posiblemente se trataba de algunos de los mejores y más populares músicos de ese bello género musical.

Eran los comienzos de la década del ochenta y Medellín era una ciudad que se agitaba entre la turbulencia del narcotráfico y el crecimiento de los barrios en sus laderas. A pesar de su prestigio como centro discográfico del país, no me pareció que Don Alejo hubiera llegado a la ciudad en función de grabar otro de sus trabajos. De manera que cuando en el umbral de la habitación número tres vi la figura de un hombre alto, corpulento a pesar de su edad, de rostro amable y de piel curtida por el sol; de modesto vestido, con las tres puntas que apenas si las dejaban ver unos inmensos pies de caminante incansable y un sombrero vueltiao que no solo era la extensión de su cabeza, sino de su pensamiento lleno de poesía y amores, intuí en mi interior de niño de ciudad que ese hombre era un ser especial, de aquellos que uno no siempre

tiene el gusto de conocer. Fue entonces cuando me levanté de la silla, le dirigí hasta la entrada de la tres y extendí mi mano al hombre que con una sonrisa llena de bondad y ternura me brindó la suya, una mano cálida y demasiado grande para ser real, y que, al lado de la mía, minúscula y dócil, parecía la de un ser fantástico surgido de pronto desde la penumbra de un cuarto misterioso.

—Don Alejo, ¿cómo está? —le pregunté como si lo conociera de antes. Con mi timidez apenas comprensible.

—Muy bien, gracias —me respondió con una sonrisa de bondad enmarcada por unos labios gruesos que dejaban ver, o por lo menos algo así me pareció, orgullosos, el brillo de un diente que refulgía como un pedazo de oro.

Debo decir que a pesar de su monumentalidad y su aire vigoroso me pareció advertir un comprensible y ligero cansancio en su cuerpo ya curtido por festivales y parrandas; trasegado por interminables caminatas y atiborrado de amores y desamores.

Nacido en el Cesar el 9 de febrero de 1919, de familia de vaqueros y músicos, Don Alejo era el hijo predilecto de toda la Costa Atlántica, región que había recorrido durante gran parte de su vida en compañía de su acordeón, su voz serena y alegre, y su don de gentes; condiciones suficientes para asignarle el título de juglar.

Creo haber escuchado decir a uno de los empleados del hotel que Don Alejo era un mujeriego empedernido. Años después escuché versiones parecidas en diferentes medios de comunicación donde reforzaban este comentario con un dato que él alguna vez confirmó: veinticinco hijos con dieciocho mujeres. Comprendí entonces que estos no podían ser simples rumores en torno a un mito que cada vez trascendía más, tratándose de un hombre que en la mayoría de sus canciones hablaba de mujeres (*Cero treinta y nueve*, *Pobrecito corazón*, *El compromiso*, *Qué tienen las mujeres*), o eran dedicadas a ellas (*Fidelina*, *Maruja*, *Joselina Daza*, *Carmencita*), y que, además, con su carisma y el embrujo de su acordeón, no debía ser fácil para ninguna dama que lo llegara a conocer, abstenerse de enamorarse de él.

Cuando escuché la noticia de su muerte, el 15 de noviembre de 1989, recuerdo que sentí una tristeza inesperada, y mi memoria me llevó a aquel modesto pero hermoso Hotel Tropical, a su habitación tres, donde maravillado, mi mano ingenua de niño saludó, en una brevedad que para mí no tuvo fin, su enorme mano de juglar vallenato. ©



Hotel Tropical, esquina de Palacé con Bolivia. 2016.

Así es esta guerra nuestra

por ANDREA ALDANA

Ilustraciones: Elizabeth Builes

Lo primero que dijo cuando se acercó fue su nombre. No hubo un hola o un cómo están, solo un nombre, su chapa, que es como le dicen al alias que se adopta para la guerra, era Pablo y yo no evité pensar en lo simple que me resultaba su elección. Su recibimiento me hizo tomarlo por arrogante, así que torcí la boca en una mueca de desagrado y emití un resoplido que él no pudo ver ni oír por la capucha que ocultaba mi rostro. Los compañeros con los que iba lo saludaron y se presentaron, y cuando llegó mi turno para hablar, con aire orgulloso por el nombre que yo había elegido, hice como él, y sin saludar, simplemente solté: Camila. El comandante guerrillero ni se inmutó, clavó sobre mis ojos una mirada que intenté leer, y allí no había nada. No sé si esperaba otra de mis palabras, pero no dije más, entonces giró su cuerpo treinta y cinco grados, de metro noventa de alto, y dando la espalda dio por terminada la conversación. Se acercó al resto de su tropa y antes de retirarse, con voz enérgica, avisó:

—Llegaron los urbanos.

Así es como la guerrilla del ELN llama a los integrantes de las estructuras que operan en la ciudad. Los urbanos, los guerrilleros del asfalto, y entre ellos estaba yo, lejos de querer hacer parte de esta guerra y a punto de instalarme casi tres meses en sus entrañas.

En la Universidad de Antioquia, como en todas las universidades públicas de Colombia, el país se muestra al desnudo: la pobreza se refleja en algunos estudiantes que se pasan el día decidiendo entre pagar una bolsa de yogur o el pasaje del bus que los regrese a su casa; y la guerra de vez en cuando hace presencia, solo que a menor escala, y en el campus universitario se conoce como tropel. El tropel casi siempre lo inician los “capuchos”, los estudiantes que cubren su rostro con camisetitas y salen desde la izquierda radical a manifestarse contra el Estado. Sus armas: las piedras, las palabras, las bombas molotov y las papas bomba; las tres últimas inflamables y explosivas. El Estado, por supuesto, responde, y envía al Escuadrón Móvil Antidisturbios para el contraataque. Sus armas: el bolillo, los gases (lacrimógenos, vomitivos, diarreicos), las bombas de aturdimiento, las balas de goma, y en algunas ocasiones las reales. La universidad se convierte en campo de batalla. En los últimos cuarenta años cerca de treinta personas han muerto como consecuencia de los combates.

Estaba obsesionada por contar ese mundo. Sabía que la guerrilla tenía infiltrados a los estudiantes clandestinos y yo quería infiltrarla a ella. Entonces hice lo que cualquiera que compartiera mi objetivo haría: fui políticamente activa en las asambleas universitarias, me hice notar en los debates estudiantiles, y esperé. Pronto se me acercaron unos jóvenes para invitarme a formar parte de algún grupo de estudio que, según la organización que invite, puede ser maoísta, leninista, marxista, bolivariano o camilista. Acepté al marxista.

Lo siguiente fue estudiar o simular que lo hacía. Marx me mostró algo la economía que explicaba el hambre de los estudiantes, pero su *Capital*, a veces, me aburría a montones. El aburrimiento no hizo que perdieran la confianza depositada en mí, la mayoría de chicos se sentía igual: cabeceábamos por el sueño durante el estudio, perdíamos la atención con facilidad, y balbuceábamos incoherencias cuando nos preguntaban sobre el tema explicado. Asistí a todas las reuniones y, de tanto ver a los muchachos, escuchar sus dudas y sus risas, y hacer trabajo comunitario junto a ellos, terminé encariñándome con el grupo. Por fin, luego de diez meses, me llegó la invitación a la clandestinidad; cinco meses después me confesaron su cercanía con la guerrilla, y en uno más me informaron que había sido seleccionada para participar de una

“visita” de dos meses “al monte”: la selva dominada por la subversión armada.

Me parecieron un poco descuidados en su seguridad, pero también supuse que ya me habían investigado y que conocían muy bien mis orígenes; nunca les oculté que era periodista. Informé a una profesora sobre mis intenciones de hacer un reportaje de inmersión y antes de que me convenciera de lo contrario le dejé claro lo irrevocable de mi decisión, se lo contaba por precaución, por si algo malo me ocurría. Entonces partí a la guerra llevada más por un ataque de euforia y curiosidad; lejos estaba de entender su dimensión.

Pensé que el resto del día no volvería a ver a Pablo, el comandante político de la mirada vacía, porque Jorge, un señor bonachón de unos 45 años, guerrillero también, se hizo cargo de nosotros. Nos dio una especie de tour por el campamento y nos llevó a conocer a Javier, el comandante militar. El ELN se divide en frentes de guerra que agrupan frentes guerrilleros con mandos militares y políticos, algo así como una primera y una segunda comandancia. Yo estaba en el Frente Guerrillero Ernesto Che Guevara y hasta el momento ninguno de sus comandantes dejaba en mí la mejor impresión. El primer mando no me pareció tan arrogante como Pablo, pero sí demasiado introvertido. Era un indígena que se acercaba a los cuarenta y su cuerpo, bendito por la naturaleza, tenía la firmeza del acero. Cuando hablaba evitaba mirarnos y si nos miraba por mucho tiempo, se sonrojaba. A mi juicio, carecía de toda autoridad para liderar cualquier ejército.

Los urbanos éramos cuatro: un hombre y una mujer cincuentones que jamás había visto en la ciudad, la cuota obrera que había llegado por diferente camino; y una dupla de veinteañeros que éramos Felipe y yo, la cuota estudiantil. Nos asignaron una caleta por dúo —en el mejor de los casos, un lecho elevado del suelo a punta de troncos y hojas de palma como colchón; en el peor, un hueco al interior de la tierra sin más protección que una sábana— y como el campamento llevaba casi cuatro meses de construido, la de nosotros ya estaba levantada; la misma razón por la que las cucarachas de monte ya habían hecho nido en la que sería mi cama.

Me sentí desprevenida en su orilla y en cuestión de segundos los bichos empezaron a correr sobre mis brazos y mis piernas. Grité, salté lejos de la caleta, seguí saltando y me sacudí con asco los insectos. Cuando terminé, miré alrededor

y vi que más de veinte guerrilleros, Pablo entre ellos, se reían de mí: esa fue la primera vez que me pregunté con mandos militares y políticos, algo así como una primera y una segunda comandancia. Yo estaba en el Frente Guerrillero Ernesto Che Guevara y hasta el momento ninguno de sus comandantes dejaba en mí la mejor impresión. El primer mando no me pareció tan arrogante como Pablo, pero sí demasiado introvertido. Era un indígena que se acercaba a los cuarenta y su cuerpo, bendito por la naturaleza, tenía la firmeza del acero. Cuando hablaba evitaba mirarnos y si nos miraba por mucho tiempo, se sonrojaba. A mi juicio, carecía de toda autoridad para liderar cualquier ejército.

La indicación para llegar al campamento fue sencilla: debíamos abordar un bus en la terminal del sur de Medellín con dirección al municipio de Istmina y allí tomar una buseta hacia Condoto, el pueblo donde nos esperaba nuestro contacto. No podíamos llevar sino dos mudas de ropa que debían ser diferentes a la que usaríamos al ingresar y al salir de la “visita”. En el morral llevaba dos sudaderas, dos buzos, dos bóxers, dos sostenes y dos pares de medias muy largas, todo de color oscuro. Además, debíamos llevar una linterna, una sábana, una cuchara, un pocillo y una vasija que no se quebraran, un reloj digital resistente al agua y un libro si queríamos.

Las botas de caucho las debíamos comprar en Condoto, antes de vernos con el contacto, y por ningún motivo las podíamos llevar desde Medellín. Según ellos, si caíamos en un retén del Ejército las botas serían lo primero que nos delataría; a mí me parecía más incriminatoria la memoria USB que Felipe llevaba y que contenía documentos con la insignia guerrillera, pero qué iba a saber yo, los señores de la guerra eran

ellos. Nuestra misión era pasar inadvertidos, pero cómo diablos iban a pasar desapercibidos un par de blancos zarcos en la más grande tierra de negros del país: a donde quiera que íbamos la gente nos miraba y luego de comprar el respectivo calzado, tres sujetos, oscuros como el café tostado, se dedicaron a seguirnos.

Cuando me percaté del seguimiento entré en pánico, las piernas me temblaban, sudaba, no podía hablar y el aire se hizo denso. Sabía que la guerrilla controlaba la selva, pero los cascos urbanos estaban bajo control paramilitar y si había algo en la vida que me aterrorizara, eran los paramilitares. Llevaba seis años cubriendo temas del conflicto armado colombiano, sobre todo en las ciudades, y conocía a la perfección algunas de sus prácticas, que podían ir desde el desmembramiento de seres humanos vivos hasta beber la sangre del enemigo. Se me metió en la cabeza que los tres hombres eran paramilitares y desde entonces la razón se extravió en mi imaginación; Felipe sostuvo mi mano con fuerza, simulando ser mi pareja y solo así logré seguir caminando.

Llegamos al punto de encuentro que nos habían indicado y los tres sujetos se sentaron en una tienda frente a nosotros sin dejar de mirarnos, murmuraban y luego fruncían los labios mostrándonos una sonrisa burlona. Como el maldito contacto no aparecía sentí que todo era una trampa, y solo pude pensar una cosa: no iba a morir de manera sumisa, si me mataban tendría que ser de espaldas y mientras corría. Me acerqué a Felipe para susurrarle mi cambio de plan,

cuando un “muchachos” me hizo girar. Era Pepe, el contacto.

Nos saludó cariñosamente, nos abrazó como si nos conociera y en esas estaba cuando los sujetos del frente se pararon y se fueron. Le contamos lo sucedido y nos dijo:

—Ah, sí. Esos son paracos. Pero tranquilos que si sospecharan algo o los quisieran matar, ya estarían muertos muchachos. Ah, y qué pena por la tardanza, no me acordaba de la hora del encuentro.

Esta vez era yo la que quería asesinar. De todas las personas posibles, habían escogido a la más estúpida para encargarse de nuestra seguridad.

Desde Condoto tomamos un jeep que nos llevó a una vereda en la orilla del río San Juan. Y de allí fuimos en lancha hasta un caserío, y luego a otro, y luego a otro, y en el último, un lanchero nos cruzó hacia un punto de la ribera contraria. Llevábamos más de ocho horas de ruta acompañados por Pepe. Cruzamos el río y nos despedimos de él. Nos puso en manos de otro guía, un hombre viejo y muy flaco que sin mediar palabra nos dio agua y nos hizo señas de que lo siguiéramos.

Nos internamos en la selva y caminamos durante tres horas. Yo iba adelante cuando escuché que Felipe gritó, me giré y vi que mi compañero señalaba una cuebra de más de un metro de largo y con el grosor de una lata de Red Bull. Iba a correr hacia él pero el viejo me indicó que me quedara quieta. Cogió una roca enorme, se acercó al animal y la lanzó contra su cabeza, aplastándosela.

—Es una coral —dijo—, son muy venenosas.

Luego recogió una hoja del suelo y limpió la sangre y los restos de la víbora salpicados sobre sus botas.

Subíamos una loma cuando escuché un silbido. El guía frenó en seco, nosotros lo hicimos detrás de él, y de repente, como a dos metros, un niño de quince años, con un fusil AK-47 en las manos, salió de un matorral y dijo:

—¡Repórtense!
El guía explicó que traía el encargo de Pablo —que éramos nosotros— y el chico pidió que le esperáramos mientras iba a dar aviso. Durante la espera, Felipe y yo nos cubrimos el rostro con una camiseta, la directriz era que nadie en la guerrilla podía conocer nuestros rostros, así evitaríamos que un posible desertor nos delatara. El niño regresó y trajo a Jorge, el guerrillero bonachón, que al vernos dijo:

—¿Qué pasó, urbanos? ¿Todo bien? Qué alegría verlos, los esperábamos ayer, ya estábamos pensando que los había cogido la policía. Jajajaja. Sigán, sigán, que el comandante los espera.

Los campamentos se bautizan en alusión a alguna característica que los haga particulares. Al que llegamos lo llamaban “campo urbano”, porque parecía una urbanización. La tranquilidad que en ese momento atravesaba la guerra les permitió quedarse más de tres meses y desarrollar su creativa ingeniería: con guaduas, troncos, hojas de palma y otras especies vegetales, construyeron una cancha, un auditorio, comedores, salón de juntas, cocina, ducha, puntos de vigilancia externos y caletas —casi casitas— entechadas. En el

monte el tiempo es otro: una hora equivale a un día, un día a una semana, una semana a un mes, y un mes es un año. Por eso, el campamento parecía llevar años metido entre la selva.

La rutina era la siguiente: luego de la diana teníamos veinticinco minutos para recoger todo lo que había en la caleta y guardarlo en el morral; a las cinco debíamos estar en formación con los morrales y si se nos había quedado algo, era decomisado; los morrales siempre debían estar listos porque en cualquier momento tocaba huir. Recibíamos un café y hasta las cinco y media cantábamos el himno y practicábamos saludos militares, la hora y media siguiente la dedicábamos al entrenamiento físico. A las ocho desayunábamos, casi siempre plátano cocinado y arroz, y de nueve a once los urbanos impartían talleres de alfabetización. Almuerzo a las doce —lentejas, siempre—, y el resto de la tarde quedaba más o menos libre hasta las seis, que era la hora de la cena y de la educación política. Pablo iniciaba una charla sobre las injusticias sociales y generaba reflexiones en los combatientes; a veces el diálogo era reemplazado por una película, por lo que la jornada se extendía hasta las ocho de la noche. A esa hora debíamos irnos a dormir y todas las luces se apagaban, cualquier destello podía indicarle al enemigo cuál era nuestra ubicación.

En la tarde, los visitantes nos reuníamos con Pablo en su caleta y debatíamos sobre las fallas en el operar rural y en el de la ciudad. Yo callaba, me gustaba ver cómo el comandante, el único con el rostro destapado, se enfurecía





con el urbano cincuentón y le decía que solo iba a aceptar las críticas cuando este se viniera a vivir, como mínimo, dos años al monte, porque era muy fácil opinar cuando se venía de paseo. Pablo tenía un rostro pálido y de facciones muy marcadas: sus cejas eran gruesas y tupidas, sus ojos grandes y acanelados, y sus labios eran carnosos y casi siempre parecían húmedos. Había obtenido un título profesional hacía siete años y, convencido de sus ideales, desistió del discurso inerte en la universidad pública para pasar al levantamiento armado. Me gustaba mirarlo porque solo en ese momento sus ojos me mostraban algo: en el café del iris le brillaba la soledad y las pupilas se dilataban avivadas por el rencor que guardaba contra la estructura urbana, estructura que lo politizó, lo acercó a la lucha armada y ahora se olvidaba un poco de él. Pablo era uno de nosotros, un urbano, pero su tribu lo había abandonado.

Una de esas tardes, antes de retirarnos de su caleta, tomó mi brazo y me pidió que me quedara. Me dijo que sabía que era periodista y me pidió el favor de asesorarlo para crear un video. También me dijo que mientras estuviera en su caleta podía quitarme la capucha y descansar. Hasta ese momento no había notado cuánto me fastidiaba el trapo sobre mi rostro, así que sin dudarlo lo desaté y me lo quité.

—Pensé que nunca iba a ver tu cara —dijo, y yo, sin entender, sentí que sus palabras me impidieron respirar, peor que la capucha.

La cuarta jornada en que trabajábamos el tema del video fuimos interrumpidos: unos campesinos buscaban a Pablo con urgencia. Él salió al trote y luego de veinte minutos regresó con la misma celeridad en el paso.

—Camila, ve por tu maleta, dile a Felipe que se aliste y avísale a los demás que hagan lo mismo. Esto no es un juego. Nos tenemos que ir ya, dos pelotones del Ejército vienen detrás de nosotros y solo estamos a dos horas de distancia porque ningún lancharo los ha querido cruzar el río.

Palidecí, creo, e hice lo que me pidió. Media hora después iniciamos una caminata de más de cinco horas hasta dar con la cima de una montaña e improvisar el nuevo campamento: “campo culebra”.

En ese campamento fue donde lo besé.

El bautizo del campamento se debió a las veintiséis culebras que tuvimos que matar durante las dos semanas que estuvimos allí. Aparecían bajo las caletas, en el rancho —que es como le dicen a la cocina—, en las duchas, en los puestos de guardia y en cualquier lugar por el que uno caminara. Pero a mí no me importaban, las serpientes no me causan repulsa y las prefería por docenas a las asquerosas cucarachas de campo urbano. Felipe y yo construimos una nueva caleta y en las ramas verdes esos bichos no tenían arimadero, solo anidan en hojas secas.

En campo culebra hicimos nuestras primeras guardias. Al segundo día de estar allí, en la película de la noche, nos habían mostrado un documental, aparentemente hecho por las Farc, en el que explicaban el peligro que representaba un “zorzo-zorro”, un hombre de las fuerzas especiales del Ejército que solo ataca de noche y está entrenado para no hacer ruido, no desperdicia ni una bala porque se posa detrás de sus víctimas y las elimina degollándolas.

Esa noche me tocó la primera guardia nocturna, de doce a dos de la mañana, y fueron dos horas en las que me la pasé sudando, con ganas de orinar, con el corazón acelerado golpeándome el pecho, y pasando el brazo sobre mi cabeza cada cinco minutos y empujándolo hacia atrás para descubrir a tiempo al zorzo-zorro que me iba a degollar. Todos los ruidos eran los pasos de los ochenta soldados que nos perseguían, y solo pensaba en el momento en que debía hacer sonar el disparo de advertencia a mis veinticinco compañeros, para que emprendieran la huida mientras yo

me quedaba como carnada. Pero la bala nunca salió de la AK-47 que me asignaron y yo nunca volví a sentirme tan idiota como esa noche. Una vez más: ¡Qué mierda hacía allí!

La tarde siguiente la pasé, como siempre, con Pablo y su video. Me gustaba estar con él porque así evadía cualquier responsabilidad, como las guardias diurnas, que eran de tres horas, y ranchar; odiaba cocinar para mí y hacerlo para veinticinco bocas era una auténtica pesadilla. Le confesé el miedo que había sentido en la guardia nocturna y el ridículo que había hecho durante esas dos horas; él se rio y por respuesta me asignó para esa noche la guardia más pesada, de dos a cuatro de la madrugada.

Algún mensaje tipo autoayuda, algo así como superar mis miedos, tendría que dejarme esta especie de lección. Y esa noche, faltando cinco minutos para las dos de la mañana, me despertaron y a la hora exacta estaba sentada en el puesto de vigilancia. A punto de orinarme del miedo. Otra vez.

Los ruidos volvieron, empecé a temblar no sé si de frío o de susto, los latidos en el pecho no me dejaban escuchar con atención y mis brazos nuevamente volaban sobre mi cabeza; de repente, uno de ellos fue capturado en el vuelo. Me solté con brusquedad, salté lejos del zorzo-zorro, me giré y lo vi: era Pablo, que se reía y con el dedo índice en su boca me hacía señas de que hiciera silencio. Rompí a llorar.

Se sintió mal y me abrazó para consolarme. Entre lágrimas le reclamé, y esta vez no lo pensé sino que lo dije:

—¿Qué mierda hago aquí.

—Acompañarme —respondió.

Alzó mi barbilla con una mano, me miró a los ojos y en los suyos se asomó un destello de ternura y culpabilidad, entonces me besó. Había besado a un guerrillero, y no solo eso, también me estaba enamorando de la fuente principal de mi

reportaje. Se quedó a mi lado en esa y las siguientes guardias nocturnas.

Luego vinieron mis inquietudes, como cuando le pregunté si había matado a alguien y no fue capaz de responder, y no supe si evadía la respuesta por la vergüenza de los muertos acumulados o porque le sonrojaba haber logrado el puesto de comandante sin haber asesinado. En cuanto a las chapas, se burló de los urbanos diciendo que siempre llegaban con motes rimbombantes o que hacían honor a revolucionarios, ignorando que en la guerra era más fácil pasar inadvertido adoptando un nombre del común. Y en un momento le manifesté mi sorpresa al ver que habían improvisado una cancha y durante todo un día habían jugado una suerte de torneo de fútbol.

—Así es esta guerra nuestra —me contestó—. Algunas veces escapamos de los bombardeos, nos enfrentamos a bala con el Ejército, evitamos algún desembarco, caminamos días enteros por el filo de las montañas; y otras veces jugamos fútbol.

También llegó el sexo y siempre fue nocturno. Lo hicimos en las caletas, entre árboles frondosos de la selva, y en la ribera del río San Juan; llovía casi a diario, pero las noches solían ser luminosas y despejadas, la ausencia de la luz citadina me permitía ver las estrellas mientras el comandante y su mundo me penetraban. En uno de esos encuentros, Pablo estaba tumbado en su caleta y yo paseaba a gatas sobre él. En actitud felina, y siempre mirándolo a los ojos, me fui deslizando y paré cuando mi barbilla se topó con su erección, justo al lado de su fusil color plata que estaba tirado a un lado de nosotros, entonces le hice una felación.

Mientras yo lamía, le miraba, chupaba e intentaba sustraer sus jugos. Pablo acariciaba mi pelo y sostenía mi rostro con suavidad. Y cuando sus gemidos aumentaron señalando que estaba a punto de venirse, me retiré con prisa, se inclinó hacia un costado de la caleta y derramó su líquido sobre la tierra. Me quedé observando cómo el semen se secaba sobre el suelo y pregunté:

—¿Por qué no terminaste en mi boca?

Guardó silencio unos segundos y contestó:

—Me da pena. No sé, no soy capaz. Tus ojos me intimidan.

Pablo, acompañado siempre de su fusil R15, tenía problemas para desinhibirse en la cama y alguna que otra noche se arrojó sobre mis piernas para llorar su soledad.

Como él eran todos en el campamento. Aparecían una rudeza de la que carecían. Hombres y mujeres que asustaban por las siglas que portaban en sus uniformes, pero que eran niños y niñas huidos de sus casas para evitar golpizas; personas que solo buscaban tener tres platos de comida al día; sujetos que creían en renovar a Colombia mediante la revolución armada; jóvenes que no querían estar solos o deseaban ostentar poder; y chicas que querían compartir la vida en armas de sus novios. Todos preguntándose, quién sabe cuántas veces, qué mierdas hacían allí.

Dos meses y tres semanas después de haber partido, regresé a Medellín; pero no volví la misma. Me retiré del grupo, se me prohibió escribir sobre el monte y de Pablo no supe más, solo el rumor de que había caído en combate y las cuatro cartas vía correo electrónico que intercambiamos. En la última me escribió: “Espero sobrevivir, que la vida me alcance para volverte a ver... y por fin ser capaz de venirme en tu boca”. ©

UNIVERSIDAD
EAFIT

“Somos investigación, curiosidad, asombro, descubrimiento...”

POSGRADOS PRESENCIALES Y VIRTUALES EN LAS ÁREAS DE:

- » Administración - Gerencia - Proyectos
- » Comunicación - Mercadeo
- » Derecho - Política
- » Gestión Humana
- » Economía - Finanzas - Contaduría
- » Física - Matemáticas
- » Geología - Civil
- » Humanidades - Escritura - Literatura
- » Ingeniería - Mecánica - Diseño
- » Logística - Mantenimiento
- » Música
- » Negocios Internacionales
- » Procesos Industriales
- » Riesgos - Control - Auditoría
- » Tecnologías de la Información
- » Urbanismo - Ambiente

Ingresar a www.eafit.edu.co/posgrados y conocer nuestros programas de posgrado presenciales y virtuales.

Inspira Crea Transforma

“Vigilada Mineducación”

Medellín | Llanogrande | Bogotá | Pereira | Tel: +57(4) 448 9500 | Línea nacional: 01 8000 515 900 | posgrados@eafit.edu.co

EQUIVOCACIÓN FATAL

I
Pobre lombriz:
siguió por el camino de cemento.

II
Pobre civilización de cemento:
no siguió por el camino de la poesía.

Oscar Escobar

CONFIAR
COOPERATIVA FINANCIERA
www.confiar.coop

Rifas

por JOAQUÍN BOTERO

Ilustración: Tobías Arboleda

El que vende boletas de rifas en Morristown, Nueva Jersey, se parece al vendedor de drogas en cualquier país del mundo: sabe que realiza algo prohibido por la ley, y debe ser discreto al ofrecer boletas e intercambiar dinero en ciertos lugares. Pero las rifas son una actividad muy enraizada en la cultura montenegrina: a los montenegrinos les gusta el vértigo de las apuestas si son compradores, o la iniciativa individual si son vendedores. Puede haber tanto de los unos como de los otros.

Se rifa dinero, se rifan apartamentos en Colombia, se rifan vehículos y taxis nuevos y de segunda. Se juega por la lotería de Bogotá, la de Boyacá, la de Medellín. Se rifa un solo premio o premios anticipados y un premio gordo al final. Cuando son rifas pequeñas se pagan de una vez, o si son rifas grandes se van pagando a plazos. Se rifa por presuntas causas altruistas: ayudar a la operación de un pariente en Montenegro o para sacar adelante los papeles de alguien acá que se quiere casar por conveniencia y necesita pagar a la esposa por negocio y al abogado. O para costear la entrada por El Hueco de alguien que está jodido en Montenegro. Pero a veces sin mucho rodeo se vende y punto: el vendedor busca lucrarse con la rifa y no tiene que andar con muchos preámbulos.

Hay rifas de cien números y de mil números. Hay quien le gusta vender pero odia comprar, o “colaborar”, un verbo comodín. Hay rifas que se venden en Morristown y en varios pueblos cercanos y en otros alejados como Paterson y Hackensack o en las riberas del río Hudson junto a Nueva York como Fort Lee o Union City. También se venden por control remoto en Colombia y hasta en España. El lejano comprador, adquiere una promesa y todo se hace de buena fe. O algo así.

Según Margarita Ramírez, Juberney Castaño alias el Burro fue el que empezó las rifas en 1988. Era muy convincente, “tenía mucho verbo”. Era un tipo que respondía por los premios. Pero las sospechas empezaron cuando un cuñado ganó los sorteos en tres ocasiones consecutivas. El Burro se desprestigió, pero luego se logró reinventar cuando empezó de nuevo con asistentes que le ayudaban a vender las boletas. Con el tiempo el Burro tuvo que desertar y ahora dicen que está en Nicaragua, “abriendo nuevos horizontes”, dicen con risa los evocadores. El Burro decía que no había peor corte que la de la Speedwell, el señalamiento de la gente, ganarse el desprestigio.

Luego empezaron otras personas y la práctica se fue regando. Muchos se ganan la vida vendiendo boletas, para otros representa un ingreso adicional. Algunos son lugareños o gente de pueblos vecinos que vienen y conocen a paisanos y se ubican en los lugares en que la gente pasa el tiempo como en la avenida Speedwell, junto a la panadería Rico Pan o junto a la salsamentaría Longfellow’s, o va de casa en casa de conocidos. Si alguien que no frecuenta la panadería aparece es porque lleva un talonario con boletas. O el que menos se espera aparece con la libre iniciativa. Hay gente que critica a los que lo hacen como negocio, como manera de ganarse la vida: lo llaman vivir de las costillas de los demás. “Muchos critican pero al final compran porque son ambiciosos, quieren tener las posibilidades de ganar algo”, dice Uñis. “Nosotros conocemos el

que vive de rifas y el que está realmente necesitado”, agrega Margarita.

Una cuesta arriba enfrentan los vendedores para sacar adelante rifas de cien números y más aún las de mil que requieren mucha logística, y el organizador, varios vendedores auxiliares. A veces llega la hora del sorteo y quedan diez o veinte boletas por vender en las de cien o hasta cien en las de mil: básicamente se ha cubierto el premio y hay ganancias, pero existe un área gris, una *terra incognita*, aparecen posibilidades que despiertan sospechas. Si ocurre que el número ganador cae entre los que no se han vendido, se sospecha que el líder de esa rifa ha acordado un plan con un conocido, alguien no muy cercano: que esa persona diga que ganó el premio y por debajo de la mesa recibe una comisión del organizador que resulta ganador de su propio premio. Un código de honor raramente seguido en esos asuntos consiste en que la rifa se debe repetir poco después si el número ganador resulta sin dueño. Pero como todo es de buena fe, entonces queda como utópico entre colombianos, además por aquello de que la gente luego no puede denunciar nada ante las autoridades, porque es tan ilegal comprar como vender. El nombre es *Illegal raffles*. El castigo es el desprestigio, la corte del pueblo. “Al principio las rifas eran muy sanas, ahora todos desconfiamos de todos. Lo ideal sería

que la víspera de cada sorteo de buena fe el organizador mostrara un listado de los números de las boletas vendidas y las que no lo han sido”, dice Margarita Ramírez. El escenario ideal: que aunque no se pueda mostrar a los cuatro vientos, ni publicar ni poner en un paredón, pues se dé fe del estado de cosas previo al sorteo. En 2010, un señor recién aparecido de Medellín llamado Rodrigo Restrepo tumbó al ganador de veinte mil dólares. Había convencido a la gente y decía que llamaran a otros que habían ganado en pueblos aledaños. Ellos confirmaron: desconocidos, de acento conocido. Pero luego don Rodrigo desapareció sin dejar rastros. Felicitaciones.

Un hombre de Quimbaya, Luciano Arroyave, era exitoso con las rifas que organizaba y tenía muchos compradores. Gozaba de credibilidad. Poseía una agencia de envíos y una organización, Fundación Quimbaya, recuerdan que se llamaba. Pero un día antes de que jugar una rifa, aseguró con aspavientos que un negro lo había asaltado: que llegó encapuchado, armado, le robó todo el dinero que tenía en la caja registradora, sus ahorros y los frutos de la rifa y que también había arrancado las cámaras. Eso dijo. El premio fue ganado por alguien de Florida que había comprado la boleta a la distancia. Un pariente lo había pagado. Supo de la eventualidad

después del sorteo y voló a Morristown a cobrar el premio. Arroyave le respondió por el ticket de avión pero no por el dinero. Le mostró su negocio convertido en un caos y le sostuvo la mirada a los ojos. “Pero como nos encanta apostar, por eso caemos”, dice Margarita. Lo del organizador y el cómplice que hacen serrucho con lo de los premios ocurre con frecuencia y luego entre amigos y conocidos, en las casas y esquinas se rumora que entre fulano y Zutano se robaron la plata del premio de tal y cual rifa. Pero todos se siguen encontrando en fiestas, esquinadas, asados en el verano y como si nada hubiera pasado.

A veces hay fatiga de los compradores, u organizadores que por su inexperiencia o mala suerte en cierto punto no han logrado vender más de la mitad de las boletas. Y luchan y luchan pero llegan a un punto muerto, se chocan contra un muro, traduczo esa fuerte metáfora del inglés. Entonces para que no sea peor el remedio que la enfermedad, se le recomienda al organizador cancelar la rifa y devolver la plata. O decir que qué pena pero que va a tener que aplazar la rifa, lo cual crea conflictos especialmente con el que pudo ser ganador una fecha y no lo fue porque el sorteo fue aplazado o cancelado.

Rifas pequeñas, de cien números, son fáciles de explicar. El premio puede

ser de cinco o siete mil dólares y listo el pollo. Una de las grandes que se hizo en 2011 fue así, más carnuda y compleja. Mil números. El precio por boleta fue de setecientos dólares. Se empezó en febrero y se terminó de pagar en noviembre. Hubo diez sorteos, uno por mes y el comprador debía pagar con anticipación setenta dólares mensuales. De febrero hasta julio se jugaron diez mil dólares, en agosto y septiembre veinte mil, cuarenta mil en octubre, cien mil en noviembre y en diciembre ciento cincuenta mil. El comprador debía haber pagado los setenta dólares antes de cada sorteo mensual. De lo contrario quedaba fuera del juego. A veces si se ven cortos de dinero, buscan un socio que tome la posta y le ayude a seguir pagando. En total se reparten 390 mil dólares. Y si se vende toda se pueden recaudar setecientos mil dólares. Lo que deja una ganancia de 310 mil dólares para el organizador, que empieza a reducir sus ganancias en tanto les paga a sus vendedores asistentes quienes reciben cien dólares por boleta vendida. Otra rifa gorda, pero no tanto: mil números, los precios de las boletas pueden ser de 220 dólares cada una, el premio son cien mil dólares para el ganador y cinco mil dólares para los números anterior y el posterior. Con premios anticipados.

Aunque todo es ilegal, se debe gozar de prestigio para sacar adelante una rifa tan grande, la gente que la hace tiene que ser seria. Se espera también que el comprador sea serio y pague sus boletas a tiempo porque podrían ocurrir conflictos. Puede ganar un premio anticipado y no haber pagado y aunque llore y llore y pelee y saque excusas y se exaspere, no le pagan. Entre vecinos y amigos a veces se perdonan. Uñis dice que hace años le pagó un premio a mi primo Juan Carlos Berrío alias el Calvo. Pero hay algunos que dicen: “No dañemos la amistad, mejor no te pago, aprende a pagarme a tiempo para la próxima”. Peor suerte corrió hace poco alguien que no había pagado la boleta aunque el vendedor le insistió con dos llamadas. A la tercera llamada el comprador fracasado le dijo que no lo molestara, que iba para Union City y que hiciera lo que diera la gana con la boleta. Resulta que era un número apetecido y el organizador la vendió fácilmente a los pocos días y ese segundo comprador-pagador ganó, mientras que su antecesor quedó furioso porque perdió cinco mil dólares. Dicen que “presuntamente” —como dicen los periodistas para evitar demandas— telefoneó a la policía, una llamada anónima, y la cosa estuvo muy caliente los días siguientes, hubo mucha paranoia, y la gente muy asustada miraba de lado a lado de la Speedwell Avenue. Y los organizadores tuvieron que cambiar de punto usual de encuentro, por miedo a la policía. Cuando la cosa se pone caliente hay que proceder como los vendedores de drogas: ser prudente, cambiar de lugar, meterse en ciertas partes para finiquitar el negocio.

En épocas de zozobra con el mundo del azar las rifas tienden a decaer por temor a que aparezca la policía encubierta. La gente teme las cámaras de seguridad en las esquinas y hasta las de los mismos negocios que captan lo que pasa adentro y afuera, en varias partes de esa avenida, especialmente cuando salen de misa los domingos de la iglesia Santa Margarita de Escocia, un momento propicio para ir a ofrecer y cobrar en la Speedwell.

Hay gente que es muy supersticiosa con ciertos números y siempre los compra o pide que se los guarden si están interesados en ciertas rifas. O los vendedores saben a quiénes les gustan y llaman al principio para ofrecerlos. La gente familiarizada con el mundo de las rifas conoce los números favoritos de la gente allegada a las rifas.

Existe una modalidad de rifa *express* que se llama el *fifty-fifty*, que se da cuando se quiere colaborar en caso de calamidad económica. En una fiesta cada asistente pone cinco dólares, recibe una ficha y lo recaudado se reparte mitad y mitad entre el ganador y a quien se le quieren ayudar. También de la venta licor y comida se pueden obtener beneficios en esa fiesta, para el que necesite una mano.

Uñis ha sido vendedor, pero no recientemente. “Es como pedir limosna, es un dolor de cabeza. De pronto si se está atrancado o en una necesidad, pero es duro”. Si usted está necesitado en vez de pedir plata pues hace una rifa: un amigo le colabora y a la vez tiene el chance de ganar. Los críticos de los que realizan rifas a veces les preguntan a sus amigos o a los libres empresarios: “¿Usted por qué no trabaja?”. El cinismo aniquila la ironía: “Es que tengo los cien marranos que me colaboran”. La mayoría de los compradores son montenegrinos residentes de Morristown, o del condado de Morris. Pero también hay centroamericanos y estadounidenses que les pica la curiosidad y ven el corrillo en los ambientes de trabajo cuando se habla del tema: meten las narices y terminan comprando. Y a veces han ganado. Pero en la calle, en la Speedwell, no se acostumbra ofrecer boletas a desconocidos por aquello de que no se sabe quién es quién y podría haber policías encubiertos o forasteros envidiosos que denuncien, hablen de más o llamen la atención.

De todo se rifa en la Speedwell: promesas, esperanzas, sueños, casas, apartamentos. A veces llegan vendedores con fotos de taxis o de autos. Otras veces aparecen los vendedores ufanos con los vehículos representándose a sí mismos. Y al final del juego, cual cuento de Cortázar del que solo recuerdo el título, la verdad no se corresponde con la promesa: los vehículos están en mal estado, las fotos fueron de años atrás o quízás de otros carros y ahora los taxis-premio tienen problemas mecánicos, se deben impuestos y los problemas heredados se pueden seguir enumerando. Otro asunto picaresco puede pasar con autos de gente que se va del país o del estado y quiere deshacerse de su vehículo: ¡pues lo rifan! Pero lo siguen manejando en vez de dejarlo quieto y cubierto. Y el comprador ve un día su ansiado premio gastando motor y llantas por la Speedwell. “Hubo uno que rifaba un carro y se la pasaba de arriba para abajo, mientras los compradores lo rechiflaban en la calle”, recuerda Uñis. ©



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

Paco y etc.

Hace un par de días vi que hablaban de Paco Ibáñez en Televisión Española. Lo llamaron “cantautor” y lo cierto es que esa palabra no le corresponde. Lo que hizo fue ponerle música a poemas de grandes poetas españoles, y en eso fue un pionero. Otros lo siguieron (Serrat, Alberto Cortez, Amancio Prada) con muy buenos resultados; pero sigo con Ibáñez.

Dos veces estuvo en Medellín. En su primera visita lo entrevisté para un periódico local una amiga mía, gran periodista, quien debió hacer frente al intenso aroma carpetobético (léase ajo y cebolla) que el artista exhalaba. Aromas aparte, en su segunda visita, años después, su presentación resultó un tanto patética porque sus cuerdas vocales le estaban jugando una mala pasada y a duras penas lograba sacar adelante los temas que le habían dado renombre. Supe después que había cantado en español las canciones del francés George Brassens, juglar de París, alma gemela.

Tenía Ibáñez (o tiene, porque está vivo) una sensibilidad exquisita para captar la música implícita que guardaban los poemas por él musicalizados. Sus logros son todos, pero para citar un solo ejemplo bastaría mencionar lo que consiguió con dos poemas de García Lorca; piensa uno que el mismo poeta (también músico) se hubiera admirado al escuchar esos cantos, tan asombrosamente cercanos a su mundo poético. Y así, los demás: Góngora, el Arcipreste, Alberti, Gabriel Celaya, Pablo Neruda... Más que un hecho musical, lo de este cantor valenciano es a mi juicio un soberbio aporte cultural a la España del siglo XX. Y, por suerte, sembró el ejemplo.

Por eso es de justicia nombrar de nuevo a Serrat, quien compuso dos estupendos elepés, uno dedicado a Miguel Hernández, otro a Antonio Machado. Ambos trabajos son admirables pero tal vez fue más popular el segundo: muchos despistados hablan aún al respecto de tal o cual canción de Serrat, ignorando olímpicamente al letrista. En contraste, el novelista Juan Gabriel Vásquez, hablando por radio de *Caminante no hay camino*, cometió una *gaffe* monumental, que el respeto y la falta de tiempo me hacen silenciar.

Termino mencionando a Leonardo Álvarez, cantante paisa que sonó mucho en los años setenta y ochenta, y que musicalizó con gran talento versos de Barba Jacob y León de Greiff. Recuerdo en especial la melodía de bambuco con que vistió el poema *Mi pobre amor se está yendo*, de León. Bambuco impecable, elegante y triste, a la altura de los mejores de nuestra época de oro; hoy está olvidado y ningún intérprete lo tiene en su repertorio. Tal vez alguien podría explicarme el porqué. Creo que llamaré a Gustavo Escobar.

CODA

Volviendo a los cantautores, de ellos está llena la música popular, mucho antes de que se inventara el término. Lo fueron en México Guty Cárdenas, Agustín Lara, José Alfredo Jiménez. En Chile, Violeta Parra; en Argentina, Atahualpa Yupanqui y Horacio Guaraní. También en Colombia los tenemos: Jaime R. Echavarría, por supuesto, y hasta el mismísimo Julio Flórez. ©



DR. GUSTAVO AGUIRRE

OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

CIRUGÍA CON LÁSER

Clinica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

Cuando alguien decide escarbar la tierra con algún cuidado pensamos en los ritos macabros del CTI, en las sorpresas de los guaqueros o en las noticias reveladoras del ripio de huesos y cerámica. Pero de vez en cuando aparecen galerías inesperadas como los pozos ilustres del pueblo a finales del siglo XIX. El tranvía de Ayacucho también dejó su entierro.



Antonio José Duque.

Imaginemos. Un aguacero torrencial cae sobre el Valle de Aburrá una noche de 1896. Arroyos y riachuelos aumentan su caudal; algunos, incluso, se desbordan y abren cauces en los vírgenes bosques de las laderas. La quebrada Santa Elena baja rauda por la vertiente arrastrando lodo, piedras y palos. Amanece. El agua helada y cristalina ahora discurre turbia, como café con leche espumoso y rebosante. Los aguateros cargados de cántaros se acercan a las fuentes públicas de plazas y observan, sobrecogidos, el líquido impotable.

Pero, digamos que no fue así –imagino que dijiste mientras desenrollabas un plano y lo enseñabas a los funcionarios del municipio que escuchaban tu propuesta–, que a pesar de la lluvia el agua brotó limpia, los aguateros escanciaron sus cántaros y pudieron repartir el líquido a las casas. ¿Cómo? Ubiquémonos a la altura de Miraflores, en las tierras de don Coroliano, la quebrada pasa por debajo de La Toma; sigamos el curso de la corriente hasta Ayacucho, en el barrio Mundo Nuevo; digamos que ahí la Santa Elena cayó a un depósito de decantación, o desarenado.

El agua entró por una acequia a un sistema de siete piscinas separadas por diques de cal y canto escalonados que la hicieron fluir en un movimiento serpenteante. Por principio de decantación, el lodo se precipitó al fondo, donde hay unas compuertas que, al abrirse, lo arrastraron hasta un canal de descarga subterráneo y lo encauzaron hacia la quebrada La Palencia. Mientras que el agua limpia circuló por unos reboses, arcos carpaneles ubicados a media altura de los diques –habrás aclarado señalando el plano–, y a medida que pasó de un estanque a otro, la velocidad se redujo, las partículas de agua limpia quedaron en la superficie y luego salieron por un sistema de válvulas que las condujo hasta las fuentes públicas de la ciudad.

Deslumbrados quedaron con tu promesa de solucionar una preocupación: la sanidad de la que dejaba de ser una pequeña aldea y se convertía en una ciudad impaciente, como las grandes metrópolis europeas, por ordenar y controlar eso que empezaba a sonar con más fuerza en los discursos de intelectuales, líderes políticos y sociales:

lo público. El agua, la energía eléctrica, el transporte, las calles, los barrios, los cementerios, los hospitales, las escuelas. En esa Medellín republicana, del siglo XX, la gente se llenaba la boca con una palabra que sería propulsora de su transformación: Modernidad.

Estilo Moderno. Así llamaron a la primera agencia privada de ingeniería y arquitectura de la ciudad, el arquitecto Dionisio Lalinde y vos, Antonio J. Duque, un joven de apenas veinticinco años, ingeniero civil de la recién fundada Escuela de Minas. Los ojos almenadrados y soñadores, barbilla y pómulos rectos, la frente despejada, el cabello corto peinado hacia un lado, y un bigote grueso que te tapaba el labio superior.

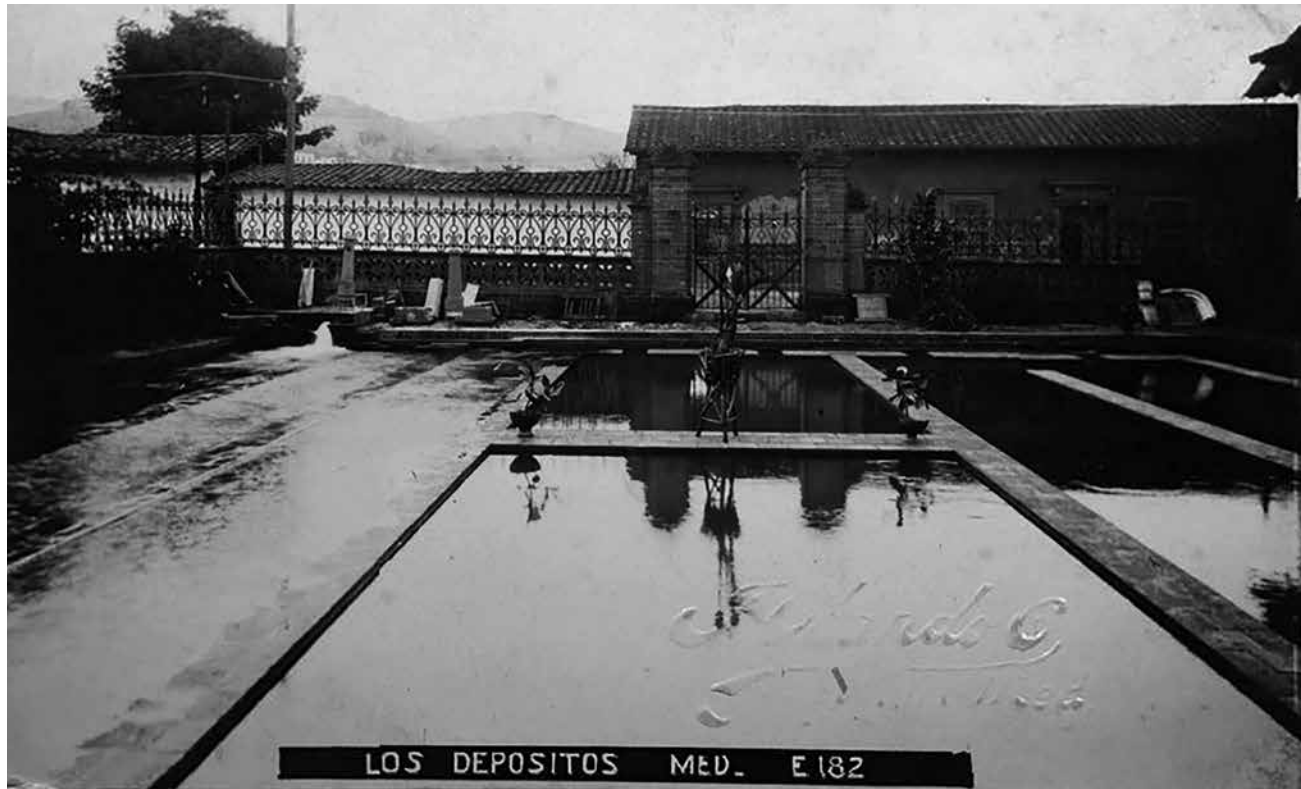
Los funcionarios aprobaron tu propuesta, y el 28 de febrero de 1896 firmaste un contrato con el presidente del Concejo, Francisco A. Arango, para construir un depósito de decantación por el que te pagaron quinientos pesos. Una megalobra para la época que unos años más tarde, cuando se declaró obsoleta, quedaría sepultada bajo una inmensa casona y solo descubierta, por puro azar como suceden los hallazgos, 117 años después.

“Yo me lo trato de imaginar a él, a Antonio J. Duque; cómo pensaba y de dónde sacó esos conocimientos porque hasta donde creemos el nunca fue a Europa”, dice Pablo Aristizábal, arqueólogo Ph. D. e ingeniero ambiental, director del Proyecto de Arqueología Preventiva Corredor Verde Avenida Ayacucho. Un hombre de 39 años, altísimo, cabello largo recogido en cola, patillas tupidas y rectas, ojos verdes surcados por unas cejas gruesas y un aro en el lóbulo izquierdo que le da, definitivamente, un aire gitano.

Viste un chaleco azul de Vigías del Patrimonio, carga un bolso en el que, pocos saben, lleva una flauta travesera; esta noche ensayará con su agrupación de música flamenca. Bajo el brazo lleva una carpeta con planos, documentos y recortes de prensa de cuanta noticia se ha escrito del desarenadero. No es tímido. Habla con tranquilidad ante cámaras, asiste gustoso a citas con periodistas, les comparte cuanta información tiene, ahorrándose la reportería y dispuesto a contar, una y otra vez, la misma historia, sumando los últimos detalles descubiertos del



El desarenadero, 2016.



Antiguo acueducto de Medellín, 1920. Desarenadero o depósito de decantación de agua del antiguo acueducto en pleno uso.

que se considera el primer sistema de acueducto de la ciudad. Aunque lo suyo, por mucho tiempo, han sido los hallazgos que revelan vestigios de antiguas comunidades indígenas. Es la primera vez que Pablo trabaja en una excavación de este tipo.

Hijo de una arquitecta y de un ingeniero, estudiaba, como su familia deseaba, ingeniería civil. En un viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta, en un campamento en el que pasó varios días cerca a los arhuacos, entendió que lo suyo era explorar el insondable mundo ancestral. De niño, cuando su abuelo lo llevaba a caminar por Cerro Tusa, en Venecia, y le contaba la historia de una diosa cuyo rostro estaba perfilado en una roca, él lo escuchaba alelado mientras intuía su destino. Por eso cuando descendió de la montaña de los mamós decidió estudiar antropología. Así lo hizo, aunque no abandonó la ingeniería, y se especializó en arqueología, materia que en Colombia todavía suena a ciencia ficción.

“Este hallazgo no tiene que ver con indios pero sí con la historia de nuestra ciudad. En esa época estaban como estamos ahora, en la súper innovación. Llegó el alumbrado público, lograron hacer la primera hidroeléctrica en Piedras Blancas; pusieron el primer acueducto... Ahora estamos que tranvía eléctrico para contaminar menos, limpiando el río Medellín con el proyecto de los Parques del Río; las alcantarillas y la quebrada Santa Elena, con Centro Parrilla. La ciudad está en cirugía, para ser más ecológica y sostenible”, dice sorbiendo un tinto

El desarenadero

por ANAMARÍA BEDOYA BUILES

Fotografías: Juan Fernando Ospina - Archivo BPP

las construcciones de tapia y bahareque a las de ladrillo y argamasa.

Dicen, pues, que algo tuviste que ver con ellos, que debiste, al menos, conocerlos, que varias de esas obras se hicieron cuando eras estudiante de ingeniería, según una placa que encontraron de los fundadores de la Escuela de Minas, de 1887; tu nombre, el sexto de la lista, figura entre los primeros alumnos. A lo mejor, suponen, los conociste en alguna conferencia, lo dicen porque tu estilo de vela esa tradición clásica que ellos trajeron influenciada por Roma.

Naciste el 6 de marzo de 1871. Se desconoce el nombre de tus padres pero es posible que fueras de una familia pudiente, no eran muchos los que en ese tiempo podían estudiar en la universidad ni vestir traje elegante y corbatín, como el que luces en la única fotografía que encontraron. Aseguran que fuiste una promesa de la arquitectura, pues siendo tan joven eras ingeniero del Municipio de Medellín. En ese cargo, hasta donde se sabe, rediseñaste el Parque de Berrío tras un fatal incendio, bordeándolo con una reja que importaron de Inglaterra. Hiciste un molino para una fábrica de Guayaquil, construiste un bellissimo edificio que ocupaba toda la esquina de Carabobo con Colombia y te encargaron el primer acueducto de la ciudad.

De tu vida personal se sabe que una hija tuya, Emma, se casó con el empresario que puso los cimientos para el Grupo Mundial y Pintuco, Germán Saldarriaga, y que el nombre de ella está debajo del tuyo en una lápida de mármol, en un mausoleo del cementerio San Pedro, donde entonces solo enterraban a las gentes de la clase alta. Moriste el 24 de mayo de 1902, ninguna biografía relata las causas, seis años después de que terminaste tu gran obra. Y eso es todo, Antonio J., todo lo que sabemos de vos.

Antes de descender, apoyados a los ladrillos macizos, terracotas, Pablo se detiene a contemplar el desarenadero, guarecido del mundo externo por una gran carpa plástica. Es verdad lo que dice el laberíntico lugar para quien no tiene idea de lo que pudo ser, parece más una galería subterránea, como las ruinas de las catacumbas de la antigua civilización romana. Él quería entender por qué esa relación, de dónde había sacado Duque ese exquisito diseño. Empezó a investigar y encontró que hace dos mil años Roma tuvo once acueductos, uno de ellos, el Acqua Virgo, tenía un desarenadero.

“Era igual a este, con la salida de agua por encima y la sucia por debajo, el mismo principio de decantación”, dice mientras recorremos las cámaras por donde fluyó la Santa Elena. Se para frente a uno de esos diques y señala la diferencia entre la mampostería de ese tiempo y la de ahora, en la pared se ve el cambio que hizo en la estructura el señor que construyó su casona sobre el acueducto, por allá en los años treinta, sepultando el desarenadero, usándolo para tirar escombros. “Mira la diferencia, acá argamasa de cal. Acá vemos a Duque y su gente; mientras que acá vemos a los maestros de hoy en día, puro cemento. Haga de cuenta música clásica y reguetón”.

Este será el primer museo de arqueología de la ciudad, comenta, imaginándose una pasarela de madera por la que la gente podrá caminar para recorrer las galerías, verán en urnas de vidrio otros hallazgos que han hecho: los rieles y los durmientes del antiguo tranvía en común crespito, las vivas de luz del primer alumbrado eléctrico, los atadores que distribuían el agua, los antiguos buzones escoceses donde se depositaba el correo y la vajilla inglesa, los ceniceros y frascos de perfume que encontraron quebrados en pedacitos y ocultos entre los muros de la cocina de la casa que estaba encima. Pablo, dice al pasar por la piscina mejor conservada, se imagina ahí una exposición fotográfica que cuente la historia del acueducto, la del sistema de transporte, la ingeniería y la arquitectura de la Medellín de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. El museo, que será apadrinado por EPM, se llamará Pabellón del Agua.

“Este desarenadero es un pequeño granito para que la gente valore el patrimonio, queremos que se concienticen de ello pues esto nos remite a la creación de nuestra ciudad, es el encuentro con el Medellín subterráneo”, dice cuando llegamos a la pieza que tanto lo maravilló durante el hallazgo. En toda la mitad de la estructura se abre un arco romano, suntuoso, soberbio, intacto. “Qué arco más bonito, una belleza; es del tipo de arco que hacían los romanos para levantar sus coliseos. Y este fue una reparación de Duque para sostener estos dos tabiques, pues el que había en la mitad, fijate en la huella que quedó en el suelo, se cayó. En el archivo encontramos los descargos de él defendiéndose por la falla, dice que era que no tenía cemento romano, una especie de revoque para evitar la porosidad”.

Se lo imagina, a Duque, en el juzgado leyendo la carta que escribió en su defensa el 17 de noviembre de 1897. Tras una introducción que más parece una lección de hidráulica, y de quejarse por lo que advirtió sobre trabajar con materiales de bajos costos, como lo estipulaba el contrato, concluyó: “La falta de cemento romano fue decisiva en el accidente del Desarenadero. El agua durante los pocos días de servicio de la obra fue infiltrándose a través de adobes eminentemente porosos; se estableció una especie de endosmosis entre los tanques adyacentes que tuvo por resultado la caída del primer muro que careció de una de las presiones laterales que contrarrestaba la opuesta”.

Se lo imagina, a Duque, encontrándose con él en el Café Cyrano, desde donde podían ver las rejas negras de hierro forjado que rodeaban al desarenadero y a las piscinas de agua, al tope, como una serie de espejos rectangulares reflejando las copas de los árboles y el cielo. Se lo imagina, a Duque, contándole como se le ocurrió ese diseño. “Nosotros trabajamos con base en piscinas, como detectives, y en suposiciones, pero la verdad absoluta no la tenemos. La arqueología se basa en hipótesis, el pasado no lo podemos ver. Ese sería el sueño de cualquier arqueólogo, volver a la época, hablar con Duque y que nos explicara todo, entender bien cómo era Medellín; como esa serie de los años ochenta, que trata de un niño que viaja al pasado con su río”.

Este será el primer museo de arqueología de la ciudad, comenta, imaginándose una pasarela de madera por la que la gente podrá caminar para recorrer las galerías, verán en urnas de vidrio otros hallazgos que han hecho: los rieles y los durmientes del antiguo tranvía en común crespito, las vivas de luz del primer alumbrado eléctrico, los atadores que distribuían el agua, los antiguos buzones escoceses donde se depositaba el correo y la vajilla inglesa, los ceniceros y frascos de perfume que encontraron quebrados en pedacitos y ocultos entre los muros de la cocina de la casa que estaba encima. Pablo, dice al pasar por la piscina mejor conservada, se imagina ahí una exposición fotográfica que cuente la historia del acueducto, la del sistema de transporte, la ingeniería y la arquitectura de la Medellín de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. El museo, que será apadrinado por EPM, se llamará Pabellón del Agua.

ICANH le exigió al Metro incluir arqueología preventiva en la obra”.

Nadie, en realidad, sabía lo que era. La gente, cómo no, empezó a especular: eso era de la antigua fábrica de Coltejer; esas son las cavas de la extinta cervecería Tamayo; son los túneles de Pablo Escobar; son trincheras de la Guerra de la Independencia; son guacas que estaban llenas de oro. Pocos meses después, Pablo, contratado para investigar el hallazgo, salió en televisión contando que se trataba del primer acueducto de la ciudad. “En el Archivo Histórico encontramos el contrato que el Concejo de Medellín le hizo al ingeniero Duque en 1896; o sea, hace 117 años”, dijo mirando a la cámara, al fondo se ve una parte del desarenadero, expuesto e iluminado por el sol de la tarde.

Seis meses duraron las excavaciones desmontando lo que quedaba de la antigua casona sin demolerla. Con palustres de madera que diseñaron ellos mismos, baldes plásticos y pesticida, el equipo de arqueología limpió el lugar de escombros, tierra y cucarachas, muchas cucarachas. Juan Fernando Barros, ingeniero civil experto en hidráulica, visitó el lugar, “él me explicó el funcionamiento, el principio de decantación y hasta en qué sentido corría el agua. Entonces hicimos los primeros planos y los renderizamos para hacer la reconstrucción digital. Este lugar es un vestigio de ese cambio de aldea a ciudad pues esa necesidad de pasar el río, de controlar y adaptarse al agua fue creando nuestra historia de la ingeniería y la arquitectura”.

El enigma en este hallazgo seguía siendo vos, su creador. Viviste una época en la que vinieron maestros de arquitectura e ingeniería de Europa a hacer colosales obras arquitectónicas que siguen en pie. Vino el alemán Enrique Hausler, que fundó la Escuela de Artes y Oficios y con sus alumnos hizo, en 1875, la cobertura de la quebrada La Palencia, por la que pasaban los cortejos fúnebres en la Calle de La Amargura rumbo al cementerio San Lorenzo. Sobre el río Medellín hicieron los puentes de Guayaquil, Colombia y San Juan. Vino Carlos Emilio Carré, el arquitecto que diseñó la Catedral Metropolitana, marcando el paso de

Asesinos y héroes

por JHON ISAZA

Imágenes tomadas del libro *Los muchachos de zinc*



Entre 1978 y 1992 se libró la guerra civil afgana en la que el ejército soviético apoyó durante nueve años a la República Democrática de Afganistán en su enfrentamiento contra insurgentes muyahidines, quienes fueron apoyados a su vez por China, Pakistán, Irán y Estados Unidos. En cajones de zinc regresaban a la entonces Unión Soviética los cadáveres de soldados enviados a una guerra ajena y camuflada por el Estado. Svetlana Alexiévich habló con las madres de los soldados muertos y de los vivos, habló con los hijos y con las esposas, habló con los hombres de la guerra y grabó esos testimonios en *Los muchachos de zinc*, un libro que trata menos sobre la guerra y los hombres que a ella van, que sobre los animales que de ella regresan.

En 1987, dos años antes de que cesaran las pérdidas soviéticas en la guerra, se estrenó *Full Metal Jacket*, una película estadounidense dirigida por Stanley Kubrick que se divide en dos partes, antes y durante la guerra. Antes de la guerra los hombres deben ser preparados, entrenados, y Kubrick deja el trabajo al mítico sargento de artillería Hartman. Hay una escena, que no es por la que suele recordarse a ese hombre bestial, en la que los aspirantes a marine están filados, taimados, expectantes, y Hartman desfila de esquina a esquina gritando, rígido: "¡Si alguno de vosotros, nenas, sale de esta isla, si sobrevivís al entrenamiento, seréis como armas, ministros de la

muerte, siempre en busca de la guerra!". Luego vienen más entrenamientos, más desgaste psicológico: un baño, un hombre grande sentado en un inodoro, un mundo de mierda, una munición de 7.62 milímetros casquillo de cobre que entra por la boca, y luego los restos pequeños del cerebro del hombre grande pegados a una pared. La guerra viene después.

Esa escena, esa película, el libro y la guerra, las guerras, comparten lo esencial: hay una cosa en la que se convierten los hombres que van a la guerra, y hay una cosa que dejan de ser.

En el libro una madre se lamenta porque su hijo, a quien suponía ya libre de la guerra, mató a un hombre, usó el cuchillo de la cocina antes de que ella le preparara la comida; le dieron quince años de cárcel y ella no entiende por qué dicen que su hijo, el asesino, es un héroe, y cómo aprendió a matar al estilo afgano: "Mi hijo hizo aquí lo mismo que ellos hacían allí. Allí por hacer eso les daban medallas y órdenes... ¿Por qué entonces solo le juzgaron a él? ¿Verdad que no juzgaron a los que les habían enviado allí? ¡A los que le enseñaron a matar! Yo eso no se lo enseñé... [pierde el control y grita]". Más adelante un comandante de la sección de artillería habla con Alexiévich y le dice, como un niño: "No me gusta recordar. Aunque no sé lo que pasará con todos nosotros, con la generación que ha sobrevivido. Hemos sobrevivido a una guerra que nadie necesitaba. ¡Nadie!

Na Na... ¡Nadie! Por fin lo he desembuchado (...) Me tiemblan las manos... Por alguna razón estoy nervioso. Yo creía que había salido del juego sin dificultad. Cuando escriba, no mencione mi nombre, por favor". Una médica microbióloga habla sobre el miedo que le genera la vida civil normal: "Estar aquí es superior a mis fuerzas. Esta vida asusta más que la otra (...) Necesitaba una continuación... Solicité un puesto en Nicaragua... En cualquier lugar donde hubiera una guerra. Aquí... Ya no sé vivir aquí...". Uno más, un capitán artillero: "En Afgán comprendí lo que es la vida. Aquellos años para mí fueron los mejores, se lo digo. Aquí nuestra vida es gris, insignificante: trabajo, casa, trabajo. Allí experimentamos de todo, probamos de todo. Vivimos la verdadera amistad entre los hombres. Contemplamos cosas realmente exóticas: las bocanadas de niebla matinal en los estrechos desfiladeros, igual que cortinas de humo (...) Algunos paisajes allí parecen lunares, de ciencia ficción, algo espacial. No hay más que montañas eternas, tienes la sensación de que en esa tierra no hay seres humanos, allí solo viven las rocas. Y esas rocas te disparan. Percibes la hostilidad de la naturaleza, incluso para ella eres un extraño. Estábamos suspendidos entre la vida y la muerte, y en nuestras manos estaba la vida y la muerte. ¿Acaso existe un sentimiento más poderoso? (...) La proximidad

de la muerte lo agudiza todo (...) Viví una vida de hombre. Siento nostalgia (...)". El último y cerramos; se trata de un soldado granadero: "(...) Allí la noche no llega, se te echa encima (...) Allí llueve, ves la lluvia, pero no llega a tocar el suelo. Ves por satélite los programas de la Unión Soviética, recuerdas que existe otra vida, pero ya no penetra en tu alma... Todo esto se puede contar... Se puede publicar... No obstante, hay algo que me ofende... No soy capaz de transmitir lo esencial...".

No sé si para ese título Alexiévich pensó más en el zinc, el elemento, que en los muchachos o en los cajones en que regresaron. Me gusta pensar que pensó en el zinc, en el metal que se usa como recubrimiento, como protección para el acero. Creo que de eso se trata todo esto, y que lo que Alexiévich nos está diciendo es que ante la guerra todos somos eso: una cosa que se usa para otra mayor, un recubrimiento no más, que ante la guerra y después de ella nos convertimos en eso, y que cuando ese recubrimiento se desgasta, se estropea, se reemplaza por otro y otro y otro, y tras ellos permanece lo mismo, la brutalidad de lo esencial. La guerra es eso: la confirmación de la contingencia humana. Y es por eso que los muchachos de zinc (soldados, madres, enfermeras, todos), los muchachos que van a la guerra o que esperan en casa lo que ella arroje son una especie distinta, y en alguna medida donde antes había hombres y mujeres, ahora hay residuos, nostalgia, zinc. ©



Gracias al impulso que EPM le ha dado a la movilidad sostenible en la ciudad, más personas pueden ayudar a cuidar el medio ambiente

- Estaciones de Gas natural vehicular
- Ecoestaciones de carga para vehículos eléctricos

Que puedas respirar un mejor aire contribuye a tu calidad de vida



En el tercer viaje a América, Colón trajo la cebada, una promesa descapocida bajo la cruz de las carabelas. El viejo mundo entregaba su Dorado en forma de espigas. Las primeras cervezas en tierra nueva se sirvieron de la mano de Hernán Cortés. ¡Nadie le quita lo valiente!

EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD
PROHÍBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD



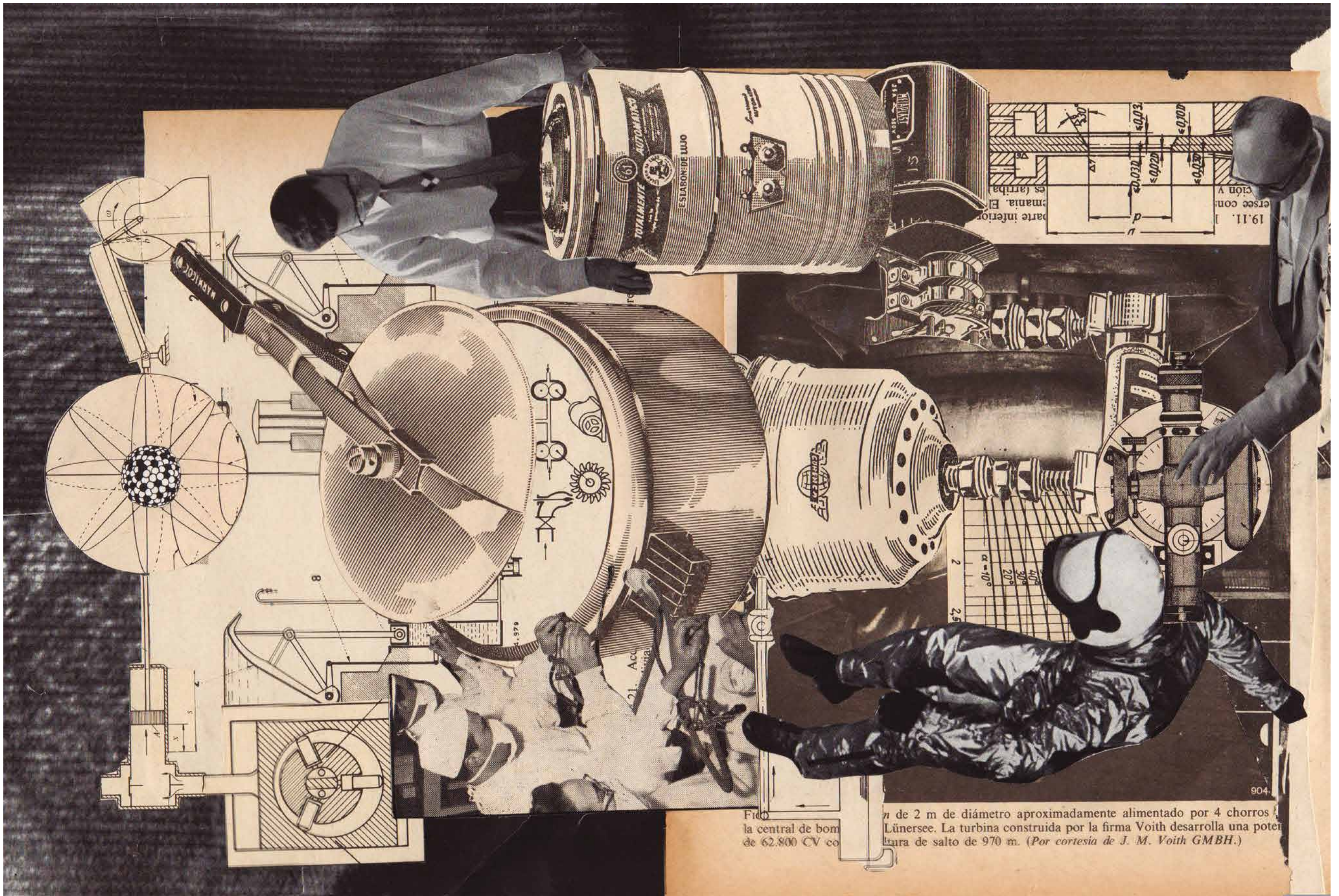


Foto
la central de bom
de 62.800 CV co

n de 2 m de diámetro aproximadamente alimentado por 4 chorros
Lünersee. La turbina construida por la firma Voith desarrolla una pot
tura de salto de 970 m. (Por cortesía de J. M. Voith GMBH.)

Una semana como raspachín

por FELIPE CHICA JIMÉNEZ

Fotografías por el autor



A un lado de la carretera, bajo unos treinta grados centígrados, me encuentro con Aura, una negra mala carosa y desconfiada que luego de un breve saludo intenta hacerme desistir de mi propósito de trabajar por una semana como raspachín. Según ella el trato que reciben los infiltrados que buscan delatar la ubicación de laboratorios de procesamiento de cocaína o los campamentos guerrilleros es horroroso. Temores que parecen bien fundados. Históricamente esta región del Pacífico nariñense ha sido disputada por las guerrillas de las Farc, ELN, grupos paramilitares y narcos que contratan sus ejércitos privados. En medio está la población campesina que siempre termina pagando el costo humano de esa guerra.

La conversación sucede en plena zona comercial en la vía que de Pasto conduce a la Costa Pacífica, en un caserío tan grande que podría ser un municipio, pero es solo una vereda más de Tumaco. Como este, muchos asentamientos de la zona duplicaron su población en pocos años a causa de la economía cocalera. Lorente está concentrado al borde de la carretera y rodeado por enormes cultivos de palma africana. Por momentos el sol resplandece y se refleja en el asfalto con tanta fuerza que se torna encogedor, los andenes están saturados de cachivaches para la venta: ollas, ropa con brillantes de plástico, mesas enteras llenas de carne y pescado seco que le dan al lugar un hálito a marisco insolado. En un punto del andén un letrero de cartón dice “carne de monte pa la venta”, cerca están los restos de un venado desollado, señal de que todavía queda algo de selva en las proximidades.

Son las once de la mañana y las discotecas siguen con su música a todo volumen. Adentro hay negros bailando con cara de trasnochados e indígenas awa doblados sobre mesas llenas de botellas de cerveza, mientras afuera mujeres y niños de la misma comunidad esperan sentados en los andenes. Durante mi conversación con Aura un grupo de mestizos van y vienen en camionetas de alta gama. Todo transcurre en medio de un remolino de motocicletas.

Aura es madre de cuatro hijos y raspadora de coca. “No es lo que yo escogí sino lo que me tocó”, dice como si se defendiera de algún juicio moral. Luego de exponerle mis razones para ser raspachín por una semana accede a presentarme a su esposo y al resto de su familia que se dedican a producir pasta de coca. Andamos en un carro destartado por más de treinta minutos hasta llegar a la zona conocida como el Bajo Mira, un extenso territorio donde se encuentra un



grupo de pequeños asentamientos a orillas del majestuoso río Mira.

Se trata de comunidades reservadas donde “cada familia tiene algún miembro desaparecido o muerto por causas violentas”, dice Aura. Sin embargo, desde que comenzó el cese al fuego entre el gobierno y la guerrilla de las Farc, hace cerca de dos años, el orden público parece haber mejorado, aunque la desconianza con el foráneo se mantiene intacta.

Al llegar a su casa me ofrecen plátano cocido mientras los niños me miran con ojos de pescado. Adentro, en su palafito todo es de madera, son dos cuartos donde viven seis personas y una pequeña cocina llena de hollín; yo dormiré con los niños. En una pequeña terraza de madera, la familia seca semillas de cacao que ocasionalmente venden en Tumaco. Hace poco decidieron hacer su pozo para sacar agua limpia, pues desde que se dio el último gran derrame de petróleo a finales del 2015, las plantas que bordean el río Mira están completamente manchadas de petróleo y el agua carga unas placas negras de crudo que bajan con la corriente.

Toda esa semana transcurrió con lentitud hasta la llegada de Léder, el esposo de Aura que llevaba días en el

monte. Primero llegó el perro empapado y luego él, entonces los niños pequeños acudieron dando brinco y haciendo preguntas mientras él amarraba su caballo; cuando entró en la casa un olor a gasolina impregnó todo. Aura se precipitó a servirle una taza de café con pan mientras terminaba de cocinar unas lentejas. Léder estaba enterado de mi llegada y me saludó por mi nombre. Se quitó las botas llenas de pantano y luego de un baño se acostó en la hamaca ubicada en la cocina y desde ahí se puso a mirarme en silencio.

Léder y Aura son una pareja de un contraste inevitable. Él nació en la región amazónica del Putumayo, de ahí sus rasgos indígenas, ella es negra criada a orilla de río y habla tan duro como si estuviera al otro lado de la orilla, él en cambio habla con un susurro que a duras penas se oye. Antes de tener su propio laboratorio para el procesamiento de pasta de coca, él aprendió todos los secretos del cultivo en el Bajo Putumayo, en la época en que los paramilitares dejaban tres y cuatro muertos diarios en las orillas de las carreteras que conducen a La Hormiga, El Placer, Orito y otros caseríos. Llegó hace veinte años al Pacífico sin nada, huyéndole

a la guerra, si algo sabía hacer bien era raspar hoja de coca, por eso se empleó de raspachín en estas tierras. Desde hace tres años están en el negocio con sus propias plantas, sembradas en tierras baldías donde quedan los cultivos que yo podré conocer con su beneplácito. Como esta familia de campesinos, muchas otras se arriesgan a instalar un laboratorio artesanal, bien sea que compren la hoja de coca suelta o ellos mismos la siembren, pero lo cierto es que el negocio de muchos campesinos no está solo en sembrarla, sino en preparar la pasta. Ser capturado por el ejército que permanentemente ronda la zona por aire y tierra es el principal temor. Desde que inició el Plan Colombia miles de raspachines y cocineros de pasta han ido a parar a la cárcel, mientras cientos de miles de hectáreas de cultivos lícitos e ilícitos han sido destruidos con glifosato. El riesgo es tan alto como las ganancias.

Léder se enamoró de Aura hace veinte años en una fiesta de vereda. El resultado de ese amor son cuatro hijos con cuerpo negro y facciones indígenas. Luego de una cena de solo harinas, Léder se quedó dormido en su hamaca. Al día siguiente se veía descansado y animado; madrugó como todos los días a

dar de comer a sus gallinas y a mirar los granos de cacao. A las nueve de la mañana comenzaron a llegar hombres preguntando por él, venían a cobrar el pago por haber cosechado la semana anterior. Léder paga a seis mil pesos la arroba de coca cosechada, cada hombre sabe con exactitud cuánto cosechó, pero él confirma sacando un cuaderno pequeño untado de barro y gasolina donde están anotados los seudónimos y el número de arrobos. R: 16 arrobos, Trompón: 12, Puerto: 13, y así con todos, seis en total.

Cada dos o tres meses un cultivo arroja cosecha, por eso él tiene tres tajos, como le dicen a cada cultivo. Mientras uno es cosechado los otros reverdecen, así puede preparar la pasta de coca cada dos semanas. Antes estas tierras eran bosque virgen, por décadas los colonos negros deforestaron cientos de hectáreas para luego conformar consejos comunitarios afrodescendientes, un proceso de lucha étnica que terminó en la creación de la Ley 70, y que las Farc quisieron aprovechar buscando bases sociales a través de la protección de la población ante los terratenientes, lo que trajo consecuencias nefastas para los líderes sociales que fueron arrasados por el paramilitarismo.

Luego de tres días de convivencia silenciosa, Léder acepta llevarme a su laboratorio. Nos levantamos a las cuatro de la mañana y caminamos por más de una hora bajo la lluvia por un extenso cultivo de palma hasta llegar a las orillas de un río enorme. Mientras Léder va montado a caballo, su séquito de raspachines lo sigue en silencio, a paso acelerado, por una trocha llena de pantano y pequeños arroyos que a pesar de estar en medio del bosque emanan un olor que hace arder la nariz. A las siete de la mañana llegamos al tajo, éramos seis y había un silencio particular entre todos. Cada uno comenzó a enredar entre sus dedos índice y pulgar una tira larga de tela, para luego ubicarse sobre un surco de al menos veinte plantas y comenzar a jalar las hojas desde los primeros tallos hasta el copo de la planta, sosteniéndola entre los pies. Mientras deshojan se oyen murmullos entre surcos. La cosecha se va acumulando en extensas telas de estopa llenas de hojas que cada quien va arrastrando por entre el cultivo. Mi inexperiencia es notoria. Sin protección, los dedos se me ampollaron enseguida; a las diez de la mañana había raspado solo seis plantas mientras los demás ya estaban terminando su primer surco y se preparaban para el segundo empacando el material en costales. Este es un trabajo monótono que insola y pica por los miles de bichos que hay alrededor, es un trabajo en el que cada quien debe encontrar su ritmo. Algunos logran deshojar la planta en menos de tres minutos.

Tal vez por miedo, o quizá por huir del sol, los raspachines son acelerados y dejan ver un afán permanente por salir de los cultivos. Casi todos los tajos se encuentran camuflados en el bosque.

De vez en cuando el silencio es interrumpido por el sonido de una guadaña. Cuando llega el mediodía todos se sientan bajo la sombra de un plátano a comer y a hablar. R quiere comprar su moto, Puerto, que tiene su celular amarrado al brazo donde suena una canción de despecho, solo quiere irse el viernes al Chongo, un prostíbulo del que todos hablan cerca de Tumaco.

Aura dice que si este año el ejército no fumiga con glifosato ella y su esposo van a terminar de construir su casa en material. En ningún cultivo de palma africana se ven tantos trabajadores como en los cultivos de coca, que según los raspachines pueden emplear diariamente más de veinte personas en una sola hectárea.

El sonido de la guadaña proviene del laboratorio que está a unos doscientos metros de donde nos resguardamos del



sol, camuflado entre un relicto de bosque del que cuelgan gruesas lianas. El laboratorio es poco más que un cambuche de plástico rodeado de pimpinas de más de quinientos litros de gasolina que en las noches es necesario esconder en el monte para evitar los robos de los colegas o el ojo de los militares. Unas canecas al descubierto pueden hacer que todo termine con la explosión de una granada arrojada desde una avioneta.

Luego del almuerzo los raspachines nos metemos al bosque, cada uno carga su inmenso costal con hoja de coca. Los esperan Léder y su libreta. Al llegar al laboratorio se encuentran con el hijo mayor de Léder que va enganchando los costales con un lazo a la báscula que va amarrada a un tronco. Puerco, con 74 kilos, fue quien más cosechó esta vez, todos lo miramos con nuestras caras insoladas mientras él hace un puchero y deja salir una especie de beso al aire. En el laboratorio los insectos son de otro calibre, la cantidad de relaciones entre plantas y bichos es tan evidente que el bosque parece un solo ser viviente.

Las jornadas se repitieron durante tres días, hasta que no quedó una sola planta por raspar. Al cuarto día, cuando Léder paga a los raspachines y estos regresan a sus casas luego de noches enteras bajo un plástico en medio del monte, algunos van hacia otros cultivos a seguir raspando, otros bajan a Llorente a gastar su dinero o a pagar sus deudas. Léder, Aura, sus hijos y yo seguimos internados en el laboratorio haciendo los preparativos para producir la pasta de coca. Aura confecciona un arroz insípido con agua de río que mezclamos con un atún barato, la comida típica en este trabajo.

Al día siguiente todo está listo en el laboratorio. Léder, que trabajó hasta tarde cargando gasolina desde la carretera, riega toda la hoja sobre el suelo del cambuche. Una montaña de hoja de coca resguardada de la lluvia en la que los niños juegan a hacer angelitos y a sumergirse en el verde pálido. Se enciende la guadaña filosa y luego comienza a rozar la cosecha hasta volverla un picadillo sumamente fino. Después toma enormes manotadas de cal y las vierte y revuelve entre las hojas; todos ayudan en las tareas, el hijo

mayor es quien asume los movimientos más pesados, mientras Aura y los niños ayudan a su padre a mezclar la cal.

Después de un rato trasladamos el picadillo al interior de un recipiente negro y roñoso de dos mil litros, al que él, con sumo cuidado, añade 240 litros de gasolina pura. El olor y la sensación de peligro contrastan con la mirada curiosa de los niños que permanecen a menos de un metro de distancia. El enorme recipiente tiene en el fondo un orificio sellado con un trozo de madera que desemboca sobre una lata metálica que hace las veces de canal de conducción hacia otro recipiente más pequeño. Luego de media hora el madero es retirado y un hermoso líquido verde esmeralda sale disparado, para ser recogido y envasado cuidadosamente por el hijo mayor: "Ahí va la mercancía", dice Léder con la satisfacción del jefe del plante.

Los 240 litros de gasolina con extracto de coca se recogen en su totalidad y se revuelven con una solución de ácido sulfúrico y agua hasta obtener un líquido amarillento. Ahora la mercancía esta disuelta en agua y se ha separado de la gasolina; si se hiciera un corte transversal de cada envase, se vería un fondo verde oscuro, seguido por una capa blanca de agua a la que sucede otra de gasolina verdosa. Algo así como un postre de tres capas.

El piso superior de gasolina se extrae, lo mismo que la mercancía líquida que no supera los setenta litros y se deja reposando con soda cáustica, la "capa de gasolina sucia", como la llama Aura, se bota el río. Al cabo de unos minutos la mercancía está casi lista. Sobre la superficie del claro líquido se forma una goma que se recoge y se pone en una olla. Afuera los niños juegan y un helicóptero ronda el lugar, de modo que el mismo Léder sale a dar una mirada. Se ve un Sikorsky Arpia, un modelo producido por judíos, gringos y colombianos de uso exclusivo de las nuestras Fuerzas Armadas, que siempre ronda la zona en busca de cocinas de coca. Pero Léder y su familia no dan importancia al aparato y vuelven al espeso líquido para filtrarlo sobre otro recipiente, usando una muselina sobre la cual queda una masa blanca parecida al maíz

molido con olor a caramelo quemado. El final del proceso parece estar cerca.

La masa se pone luego en una olla a fuego de leña para que vaya soltando un líquido negro e insano que se tira dejando una crema viscosa que de lejos parece panela. Al enfriarse sobre un recipiente plástico queda una pasta color habano, esa es la mercancía. La cara de Léder resplandece de alegría pese al agotamiento. Una hectárea sembrada en coca, noventa arrobas de cosecha, 1.120 kilos de hoja, doscientos litros de gasolina y al final dos kilos y medio de mercancía.

Pasta de coca que se venderá en algún asentamiento a orillas de carretera en máximo cinco millones de pesos, según el precio del dólar o la oferta local. Es el rendimiento promedio de una cosecha con esta variedad Chipará, que es la de moda. Otras variedades ya han desaparecido por completo, como la Tingo, una variedad peruana que daba mayor rendimiento. Léder las conoce todas y por sus manos han pasado hojas claras, oscuras, delgadas, gruesas, amargas, grandes y pequeñas, todas, este hombre conoce tantas variedades de coca que podría escribir un manual sobre cómo cultivar cada una. Algunas variedades arrojan una mercancía más blanca y de mayor la calidad que pagan mejor, pero su semilla no es fácil de conseguir. En la olla donde se calentó la pasta queda una goma ocre, es la base sucia de coca o bazuco según sus iniciales. "Imagínese cuánto valdría esta olla en el centro de Bogotá", dice Aura y se ríe.

La mercancía está lista y pronto será llevada donde los empleados del narco que llevan la pasta hasta la cocina de cristalización, donde luego de un complejo proceso sale cristal de coca con más del noventa por ciento de pureza. Cerca del cultivo donde estamos baja un pequeño arroyo blanco con un olor pestilente, la seña de que hay una cocina cerca; trae en sus aguas cientos de litros de gasolina y químicos usados en la cristalización, porque al igual que en el laboratorio de Léder, los desechos del proceso se tiran en el río o sus orillas, no pueden ser dejados en el monte porque pudren el suelo y secan la vegetación dejando al descubierto las instalaciones.



Cada ruta tiene sus propios eslabones. "Los narcos más organizados cuentan con grandes empresas de productos legales de exportación en los que camuflan su mercancía", dice Aura, quien a estas alturas ya no quiere que su esposo siga en el negocio. Sabe que pocas veces se termina bien. Además, ha sido testigo de la guerra de pequeños narcos que ha hecho de Tumaco el municipio colombiano con la tasa más alta de homicidios por cada cien mil habitantes.

El silencioso jefe de la casa no parece tener mucha idea de qué pasa después de que se vende su mercancía, tal vez porque al venderla sus hijos lo aturden con exigencias que incluyen pollo asado y tractores de juguete. Cuando salimos del laboratorio hacia la casa, cruzamos por un sendero que podría ser un paraíso de biólogos y llegamos a una trocha por donde pasaba un tractor con un remolque con doce pimpinas de cien litros de gasolina. Cuando pararon para acercarnos a la carretera uno de los hombres se bajó y le preguntó a Aura por mí, pues nunca me habían visto por esos caminos. En el remolque un grupo de raspachines que parecen venir de lejos hacen chistes sentados sobre una bomba en potencia. Léder me presenta como su amigo y aun así los hombres nunca dejan de examinarme. En sus ojos está el miedo y la desconfianza propia del negocio, o tal vez cumplen la responsabilidad de cuidar algo muy grande. "Desde que las Farc dejaron de operar en la zona como lo hacían antes esto se llenó de mafiosos", dice Aura con disimulo. Mientras me sostengo al remolque pienso en la cantidad de dinero que mueven estas trochas. Sin duda la parte más peligrosa del negocio es el transporte. Mientras un kilo de pasta de coca de las que produce esta familia puede costar tres millones de pesos acá, en el centro de Bogotá, donde se convierte en bazuco, puede costar unos veinte millones que a su vez se triplican al menudeo a cuenta de los más de ocho mil habitantes de la calle, según cifras oficiales.

Aunque el verdadero negocio está afuera, un kilo de cocaína en Tumaco se puede comprar en veinte millones de pesos según algunos raspachines, mientras que según la revista *The Economist*, en Estados Unidos puede alcanzar los treinta mil dólares.

Desde que entraron en el negocio Aura y Léder han tenido pocos problemas porque a su propio decir son personas "legales", algunos productores de pasta ligan la mercancía con sal a fin de tener mayor gramaje, pero con el tiempo son descubiertos y pocas veces sobreviven. Lo mismo hacen los grandes compradores, cortan la cocaína con otras sustancias que incluyen medicinas vencidas y laxantes, hasta que llega a los vendedores de barrio que también hacen lo mismo porque todos quieren ganar. Al final los consumidores y el medio ambiente son los que pierden.

Léder y los demás raspachines conocen apenas una pequeña parte del negocio, la que les corresponde, tienen en mente sus deseos más básicos como cualquier persona que se gana el día a día. De los pocos millones que la familia obtuvo por la venta de su mercancía deben reservar el dinero para la compra de la gasolina de una nueva cosecha, que incluye impuestos a la policía, porque no es posible transportar doscientos litros sin ser vistos por ellos, también el pago de los próximos raspachines, el transporte de los insumos a lomo de caballo hasta el laboratorio y con el resto vivir, a fin de cuentas son solo un pequeño y débil eslabón de una inmensa cadena que sigue marcando la historia colombiana. ©



Sebastian López Urrago. De la serie "Paisajes urbanos", 2014. Fotografía.

ARCHIVO FUTURO CONVOCATORIA

¿A partir de una imagen del pasado, cómo construirías una imagen para el futuro de Medellín?

¿Qué, de lo que existe actualmente en la ciudad, y puede desaparecer, debería ser conocido por nuevas generaciones?

¿Qué, de lo que no existe en Medellín, debería existir en el futuro?

¡Haz parte de la convocatoria! Toma una fotografía que responda a estas preguntas y súbela a museodeantioquia.com/archivofuturo

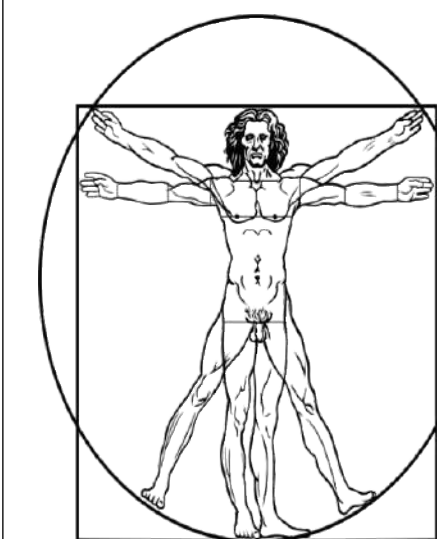


Más información y condiciones de la convocatoria en www.museodeantioquia.com
museodeantioquia.com/archivofuturo



El Túnel
Café y Cocina

Lunes - Sábado
12:00 m. a 10:00 p.m.
Cra 42 #54-62
Teléfono: 2396536



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com



Campo de tenis, Sergius Pauser.



En el velódromo, Jean Metzinger.



Velódromo, Paul Signac.



Béisbol, Jacob Lawrence.

La antorcha olímpica prende siempre un emocionante patriotismo de quince días. Se puede ver el espectáculo como si fuera una serie de NatGeo o un especial geopolítico de CNN. En vísperas de las emociones recomendamos una página de Javier Marías escrita hace veinte años, luego de las justas de Atlanta. Donde dice España pueden leer Colombia. Suena nuestro pistoletazo.

Más para qué

por JAVIER MARÍAS



Fútbol, Aleksandr Deyneka.



Corredor, Kazimir Malevich.



Nadador, Anna Bocek.

Ser aficionado al fútbol y a algún que otro deporte no me impide darme cuenta del carácter enfermizo y perverso que afecta y rige a ese mundo, que tal vez refleja mejor que ningún otro el descabezado espíritu competitivo que domina cada vez más a nuestras sociedades.

Hace dos semanas concluyeron los juegos olímpicos de Atlanta, y durante otras dos los periódicos, las televisiones y las radios de todo el globo prestaron una atención obsesiva a las pruebas que allí se celebraban. No sé cuál es ya la cantidad exacta de estas, pero en todo caso es excesiva. Se descubren deportes absurdos de los que solo han oído hablar quienes los practican, especialidades sin cuento dentro de cada uno de ellos, bien troceados: individual y por equipos, masculino y femenino, peso gallo y peso mosca y peso hipopótamo y peso tábano y minielefante, K-2 y K-4 y K-28 y K-825 o como quiera que se llamen los piragüistas, gimnasia rítmica y arrítmica y con aparatos y con cintas y con aros y con globos terráqueos y con maracas, esgrimistas y judokas y arqueros inimaginables, trampolines y palancas

y baptisterios, toda clase de artilugios. La mayor parte de la gente o espectadores jamás se ha interesado ni ha contemplado una sola competencia de estas proezas. Antes de unos juegos olímpicos nadie conoce el nombre de un solo jugador de waterpolo o balón-volea, de un solo remero o saltador de rana, de un solo regatista de la clase Huck ni de la clase Finn, de la clase Sawyer ni de la de Tom, exceptuando a los cuatro devotos de cada una de estas actividades raras. De pronto, el país entero se apresta a mirar un partido de waterpolo porque nuestro equipo se ha plantado en la final y puede hacerse con el oro. No interesa el deporte ni tan siquiera el encuentro, solamente el resultado. ¿Y para qué el resultado? Pues lo han dejado bien claro todos los comentaristas que nunca parecían satisfechos cada vez que un español obtenía una medalla. "Es la décima", decían, "vamos ahora por la undécima en alguna otra cosa". Y si esta llegaba, la impaciencia por conseguir la decimosegunda les impedía disfrutar ni un minuto de la undécima antes ansiada. No hace falta añadir que a nadie le importaba nada el espectáculo de la destreza o la velocidad o la fuerza de un equipo

o un atleta que no fueran nuestros. Ha desaparecido casi por completo la capacidad de admiración, incluso el mero goce ante una hazaña, también la de emocionarse por la incertidumbre o por la disputa de una primacía. En el fondo todas las pruebas se veían como trámites a la espera de su resultado. Y a su vez los resultados se veían como meros sumandos para lo que se llama "medallero", una estúpida lista de países ordenados por sus logros de oro, plata y bronce.

Con todo, lo más grave y preocupante no es solo eso sino el hecho de que ni siquiera ese medallero satisfará los anhelos de nadie. España consiguió no sé si diecisiete medallas, pero las de bronce no contentan porque pudieron ser de plata, y las de plata tampoco porque pudieron ser de oro. Y las de oro no colman porque pudieron ser más de las que fueron, siempre más, infinitamente más, que es lo que amargará a su vez al país que más obtuvo, los Estados Unidos. Fueron unas cuarenta, pero podrían haber sido cincuenta o sesenta o setenta, hasta un máximo aproximado de doscientas cincuenta, el número de competiciones dirimidas. En realidad, los Estados Unidos "solo" ganaron un dieciséis por ciento de

las pruebas, lo cual es un pobre balance puesto que aspiraban al triunfo en todas.

En el mundo del deporte todo es poco y nada basta, nada dura y en realidad solo hay frustración y desengaño. El Atlético de Madrid llevaba medio siglo sin ganar la Liga. La ganó este año, con la Copa de propina, y ya le sirve de bien poco, es pasado nada más haber ocurrido. Acaba de coronar con éxito un esfuerzo de nueve meses y ya está preparándose para el siguiente, que es el que cuenta. En el deporte no se trata de vencer, sino de vencer siempre, una vez tras otra sin respiro y sin que nada sea suficiente ¿Que un equipo ha sido tres años seguidos campeón de Europa? No importa nada, deberá serlo también al cuarto y al quinto y al sexto, y así hasta el fin del infierno. La cosa no es nueva, está inventada con Sísifo desde los griegos, solo que ellos la concibieron como maldición y tormento. Lo peor del asunto es que esa perpetua insatisfacción deportiva o competitiva va invadiendo todos los demás ámbitos de la vida. ¿O acaso no es la máxima de casi todos "más y más y más", en lo que quiera que hagamos? ☺

Del libro *Salvajes y sentimentales. Letras de fútbol*. Random House Mondadori, 2007.

Vuelve la **RAYATÓN**

Con ilustradores locales y nacionales, música, comida, baile y sorpresas.
La Pascasia
(cra. 42 # 46-46)
Desde las 3:00 p.m.

27 de agosto

www.corporacionraya.org

Satélite llamando a control

¡NO RESPONDEN!

cohete.net

EMBUTIDO ARTESANAL

ítaea

GASTRONOMIA PERSONALIZADA

Encuétranos también en el Teatro Pablo Tobón

En el Parque de los Deseos existe un planeta (Kaldi) y es delicioso ...

Empanada Argentina

Pascualinas

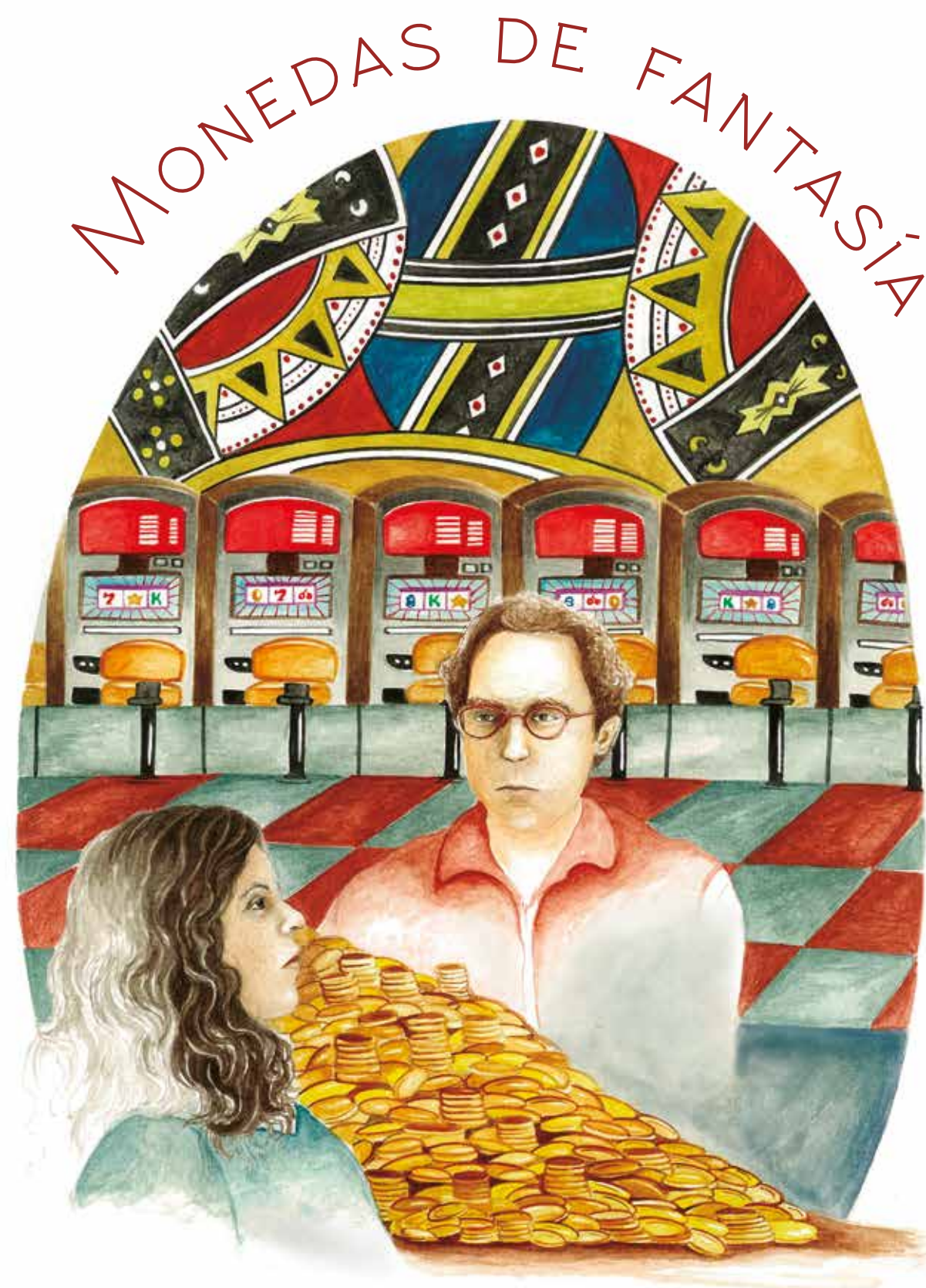
Almuerzo sano, natural en la sede del Planetario

Visítanos: Planetario de Medellín, entrada principal
Tel: 263 2511 / Repostería y panadería natural, cafés de origen.

Carlos E Restrepo / Tel: 260 1355 calle 53 # 64A 31

Kaldi Kaffee

sabor a trigo y aroma de café



Un hombre, en Montecarlo, va al casino, gana un millón, vuelve a su casa, se suicida. *Cuaderno de notas, Antón Chéjov*

por CRUZ MAURICIO CORREA

Ilustración: Eliana Pineda

Cuando se refería a una mujer que le gustaba, mi amigo declaraba siempre lo mismo: “Qué animalito más exótico”. Solo se sabía que este comentario era un halago por la forma en la que sus ojos permanecían sobre ellas. Casi siempre eran observaciones acerca de mujeres bastante más voluptuosas que aquellas que suelen llamar mi atención. Sin embargo, tengo que reconocer que una que otra de las mujeres por quienes él se sentía atraído eran guapas. La morena que está al otro lado del pabellón fue una de ellas. La recuerdo bien porque anteayer la vi en el Montecarlo. Esa tarde mi amigo había cancelado nuestra cita diaria de juego por problemas en el almacén. Yo estaba solo, frente a la tragaperras.

El animalito exótico se acercó a mi máquina sin que me diera cuenta. Con amabilidad me sacó de la rutina de jugador. Sin embargo, se negó a darme el nombre y a contestar mis interrupciones. Estaba más preocupada por la

ausencia de mi amigo que por mí. Eso sí, averigué si yo vivía donde él le había contado. Si yo trabajaba donde mi amigo decía. También me preguntó si yo visitaba otros casinos, si solo jugaba al tragaperras o si, en cambio, apostaba a otro juego. Cuanto más cercanas a mi vida personal eran sus preguntas más me concentraba en su belleza. “Entréguele a Antón”, fue lo último que me dijo. “Dígale que espero volver a verlo, jaquí!”. Y sin mucho aspaviento puso en mi pierna un pequeño sobre sellado.

Después de perder la mayoría de fichas, sentí curiosidad por el encargo que la morena de muslos firmes me había impuesto. Tocándolo supe que no contenía una carta. Ni papeles. Los bordes en punta tampoco correspondían con los de una tarjeta... de ninguna clase. El animalito exótico no estaba por ninguna parte. El pequeño rectángulo de papel blanco se sentía blando y duro al mismo tiempo. Despertó mi curiosidad. Eché otra de las monedas del casino dentro de la

máquina y en tanto las tres ruletas giraban detrás de la pantalla de vidrio, abrí con cuidado el paquetico: el estuche transparente que encontré contenía seis redondeles planos de metal. Se trataba de los dijes de fantasía que Antón vendía. Dos corazones rojos y un cuatro de trébol, se detuvo la tragaperras. Arroje por la canal otra moneda. Jalé la perilla, y sin mucho drama me puse a comparar las baratijas que le habían dejado a mi amigo con las monetiformes que yo había comprado en la taquilla de la sala. El diámetro de todas era el mismo. Las de mi amigo eran, obviamente, más nuevas, o simplemente más brillantes.

Al palparlas descubrí que cinco de estas poseían cierto imperfecto común. Prácticamente invisible. Reina de diamantes. Seis de tréboles. Nueve de diamantes. Mientras las ruedas de las cartas giraban nuevamente, volví a examinar las joyas que la mujer de cabellos en bucles y mejillas rojizas me había recomendado entregarle a Antón. Solo

una tenía perfecto el orificio del cargador. Las otras poseían dentro de la cavidad algo así como la pequeña mordida de un ratoncito al cual le faltaba medio diente. Mi máquina se detuvo en silencio. El de la buena suerte era Antón. Agarré una de mis fichas y procurando no llamar la atención la empaqué en lugar de uno de los dijes que poseían aquella rugosidad en la perforación. Guardé el estuche de plástico dentro del sobre.

Introduje la placa falsa en el póker eléctrico... Antes de que tirara de la barra la pieza dorada fue devuelta por la rajadura inferior ubicada en un extremo de la tragamonedas. Tenía que terminar mi apuesta. Saqué de la bolsa de papel la única pieza sin imperfecciones. Activé la máquina: Las ruedas de las barajas se detuvieron alarmadas, después de voltear por no más de dos o tres segundos. Terna de reyes. La boquilla de la tragaperras seguía soltando las fichas del premio sin parar. Rápidamente llené una de las bolsas que me habían entregado en la ventanilla del Montecarlo a la hora de cambiar mi dinero por níqueles para jugar. Las luces de la pantalla se apagaron. El ruido de victoria cesó. Me había sacado el millón que el Montecarlo entregaba como premio mayor.

A la mujer exótica no la había tratado lo suficiente como para reconocerla en un ambiente distinto al de la sala sin ventanas y cielorrasos bajos del casino. No sabía ni su nombre, ni siquiera tenía clara la relación con mi amigo. Se lo preguntaría la próxima vez que la viéramos. Desde esa noche yo era quien quería verla. Además me gustaba su nariz. Sus pestañas se entrelazaban formando un carrusel en la comisura de los párpados. Sellé el sobre.

Las oportunidades llegan siempre. Salvar la distancia, reconocerla entre la gente fue fácil cuando se paró para servirse una aromática. El ambiente del lugar era solemne. El olor altivo de las flores apeñuscadas a un lado de la cafetera. Empalagoso como el resto de la atmósfera de la sala. El animalito exótico regresó sin prisa hasta su puesto junto a los ventanales. La falda, bastante más larga que la que llevaba dos noches antes, no me permitió ver sus sensuales piernas. No sabía qué clase de relación tenía con el hombre que estaba a su lado. Era mucho más joven que ella y llevaba puesta una ropa no muy acorde con la ocasión. La saludé del otro lado del recinto con una sonrisa. Ella no correspondió a mi salud. Sus ojos, sin embargo, me determinaban con calma.

Sobre la hora final la gente estaba amontonada. Aunque había espacio todos estábamos juntos. El murmullo era como el de una fiesta tranquila entre amigos. Nos movíamos a la vez. Esperábamos salir en orden hacia los carros. Ella y yo, y el tipo que la acompañaba, habíamos terminado a menos de dos metros de distancia. Yo estaba en la parte trasera de la comitiva, el hermano de Antón al otro lado, también en la parte posterior.

La escolta principal la integrábamos cuatro personas. Al ver a la mujer del casino de pie recordé el calificativo de Antón acerca de ella. Su belleza era particular. El protocolo para despedir a mi amigo había sido decidido por su familia desde el momento en que descubrieron el cadáver colgado de la viga del techo. El hombre de ropa informal se me acercó y me dijo rompiendo la solemnidad de la caminata fúnebre: “No se marche sin mí. Usted y nosotros también tenemos algo que arreglar”. ©

Primera vez

A mí no me importaba que el Medellín perdiera otra final. O quizá no era que me diera lo mismo, sino, más exactamente, que estaba preparado para soportar un nuevo subtítulo. Ya había visto a mi equipo quedar campeón tres veces, y, a fin de cuentas —como dice Mono, mi hermano—, uno es hincha del cuadro poderoso incluso si gana. Algo de eso sentí en el partido de ida de una de las finales perdidas en seguidilla, el 17 de diciembre de 2014, cuando, al término del 1-2 contra Santa Fe, volteamos a mirarnos entre algunos hinchas y descubrimos que en nuestros gestos había tanta frustración como buen humor: “Qué maricada ome”, dijo con inigualable gracia un hombrecito calvo con pinta de operador de televisión por cable.

Con todo, poco importaba lo que a mí me importara. En la nueva final de junio de 2016 mi angustia nacía de la expectativa de Juan Manuel, mi hijo de 10 años. Su uso de razón futbolera apenas había conocido segundos lugares, y eran vanos mis intentos de tranquilizarlo con el argumento de que él ya había probado las mieles del triunfo: supuestamente cuando, el 20 de diciembre de 2009, el DIM empató 2-2 con el Huila y se llevó la última Copa Mustang de la historia. Pero la verdad era que Juan Manuel tenía de aquella final una imagen tan borrosa y surrealista como la que yo atesoré de la final de Argentina 78. Respecto de la final de aquel diciembre glorioso, mi hijo creía haber visto, en alguna parte, un carro de bomberos.

Por más que yo quisiera engañarme, Juan Manuel se encontraba en un momento especialmente propicio —y por ello crítico— de fijación de recuerdos, a tal punto que una nueva final perdida sería para él una hecatombe sentimental. Muy por el contrario, yo quería que a partir de ese momento con indiscutida objetividad, él pudiera vanagloriarse de haber alcanzado su primera estrella. Precisamente, a los diez años yo fijé en mi memoria un par de sucesos rutilantes de la historia rojiazul: el gol de Eduardo Malásquez contra el Unión Magdalena en el octogonal de 1984 —la temeraria “malasqueña”—, así como el dulce tercer lugar en la tabla final de posiciones tras América y Millonarios, escaño alcanzado después de vencer 3-2 al Bucaramanga y callar, con ello, a los escépticos. De hecho, recuerdo especialmente que fue ese año, al otro día de un apretado triunfo por 1-0 contra Santa Fe —un gol del Benny Aristizábal en el minuto 83—, cuando Mono y yo presionamos a nuestra madre para que aceptara comprarnos el periódico ese lunes y todos los del siguiente lustro. Aquella vez *El Colombiano* usó un titular soberbio: “A Siete del pitazo final”. ¿Qué podía quedar en la cabeza de mi vástago si el DIM perdía su cuarta final al hilo? No quería imaginarlo, pero su cabeza gacha del 2012, sus ojos acusos del 2014 y sus palabrotas biches del 2015 —cuando el Cali se coronó en nuestras propias narices— eran claros indicios del apocalipsis que se fijaría en su cabeza.

Juan Manuel se cansó de mis falsas épicas y mis resignados sofismas y decidió interrogar a Mono sobre el asunto con puntualidad científica: “Tío, ¿y qué pasa si perdemos otra vez?”. Mi hermano, autoridad futbolera de la familia —muy por encima de nuestros tíos folclóricos y triunfalistas—, le dijo al niño

algo que no supe si era un subterfugio pusilánime o una sabia respuesta budista: “Nada, Juanma, no pasa nada”. Estábamos en casa de nuestra madre, a pocos minutos del inicio del partido de ida en Barranquilla, con la nevera atestada de cervezas que, en verdad, nadie tenía ganas de tomar —ni siquiera el tío desenfadado que recaló por allí—, y no fue fácil sopesar aquella frase. Pero una vez acabó el partido con aquel marcador de 1-1 que, a pesar de toda la angustia desplegada durante noventa minutos para lograrlo y mantenerlo (yo me martiricé con la cábala de sentarme en un sillón alejado del que ocupaba mi angustiado hijo), no significaba todavía ninguna ganancia real, sospeché que en mi hermano se escondía realmente un filósofo consumado.

Como pudimos, sobrevivimos hasta el crepúsculo del domingo (Día del Padre por más señas). Dígame lo que se diga, es un consuelo empatar de local o perder el primer partido de una final: entonces uno archiva las esperanzas y se dedica, sin más, a vivir la tranquila vida de todos los días. Pero cuando de entrada se saca un buen marcador la ansiedad de la victoria hace de la existencia algo insostenible, de modo que el acto más cotidiano pesa insufragablemente sobre la voluntad. No sé cómo no morí de hambre entre los partidos de ida y vuelta de la final de diciembre de 2002 o cómo pude leer *Cumbres borrascosas* en la misma instancia en junio de 2004. Por fortuna, mi abuela murió un par de horas después de que el DIM ganara el partido de ida en Neiva en diciembre de 2009 y nos permitió distraernos con su recuerdo hasta la antesala del juego definitivo. En la reciente final, el alivio vino por cuenta de un inteligente truco de mi esposa, quien pretextó un arrebato altanero de Juan Manuel y le prohibió asistir al partido de vuelta, y con ello nos tuvo en vilo al niño y a mí hasta la media tarde del mismísimo 19 de junio, cuando el castigo acabó disolviéndose entre la efervescencia del Día del Padre. Al fijar esa fecha, Fenalco acertó de cabo a rabo.

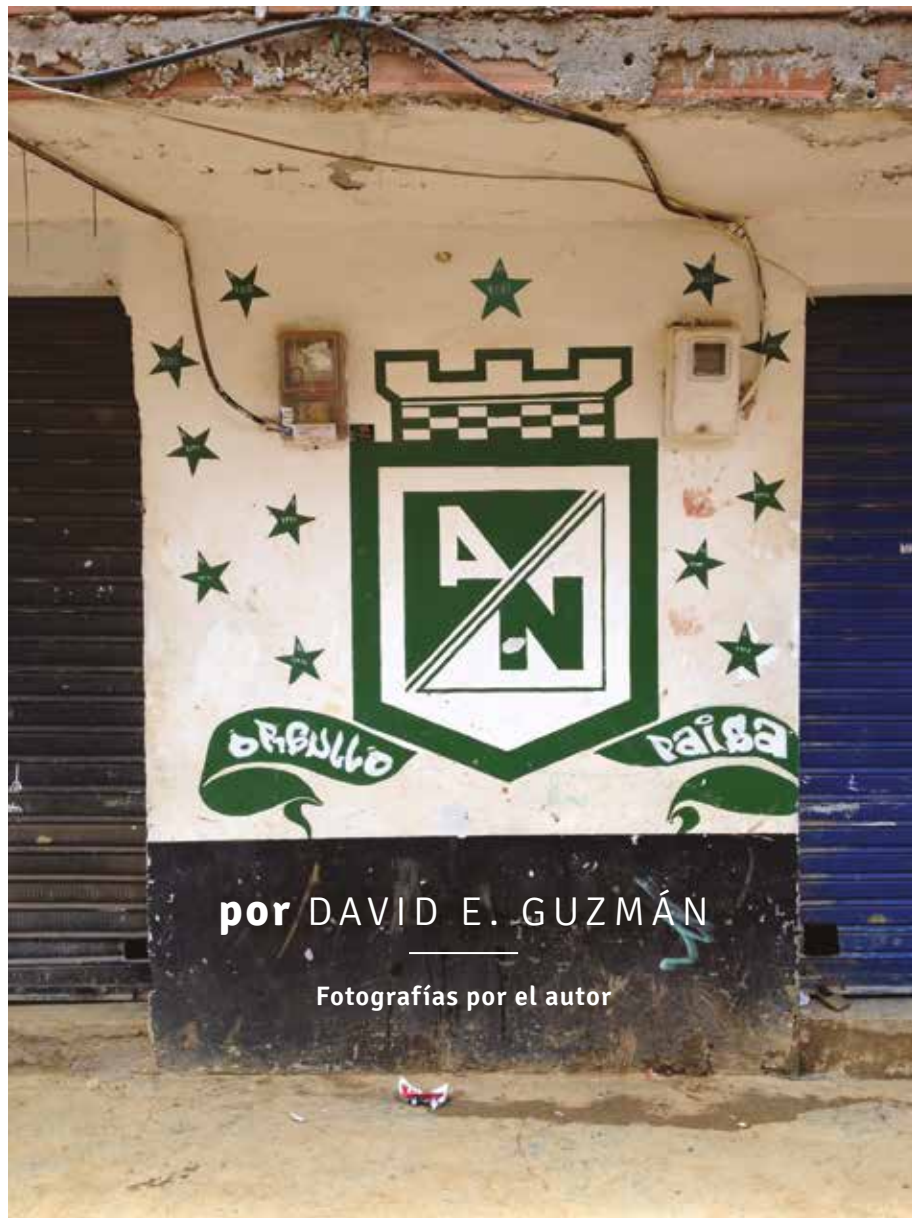
Doblegados por la angustia nos entregamos al rito paquidémico de hacer tres filas y esperar por casi dos horas el inicio del partido, aplastados por el calor del inminente solsticio de verano. Una vez sobre las gradas de Oriental, Mono y yo, por el puro miedo de espantar la gloria, contestamos a regañadientes las preguntas de Juan Manuel sobre los campeonatos cosechados por el Medellín en la década pasada. Uno de los tíos folclóricos, fiel a su estilo oportunista, se presentó a última hora con sus historias agrícolas y poco pudo hacer por distraernos del suplicio de los buenos recuerdos y de la visión de la

cancha enorme que, como un paredón de fusilamiento, se extendía a nuestros pies.

Mientras se cantaban los himnos, Juan Manuel hizo un nuevo alarde de sangre fría. Me dijo: “Papá, ¿por qué siento como si este fuera un partido común y corriente, y no una final?”. Fue sin embargo su última fanfarronada, porque poco después se desmoronó. No habíamos llegado al minuto quince cuando, entre pase errático y pase errático de nuestro equipo, me dijo: “Papá, ya estoy temblando”. Y no solo tembló: una y otra vez se puso las manos en la cabeza y se mordió los dedos hasta astillarse las uñas y raspase la lengua; así lo hizo antes de que Christian Marrugo clavara el primer gol en el minuto 34, cuando se bosquejó, por fin, la promesa de la estrella. No comió nada en el receso, y si abrió la boca fue solo para preguntar, a destiempo, cuánto faltaba para terminar el partido. La primera vez que quiso saberlo apenas se arrastraba, como gota de aceite, el minuto 62; a partir de allí volvió a hacerlo cada cinco minutos con tortuosa sincronía, y terminó haciéndolo cada instante a partir del minuto ochenta. Por supuesto, lo sé porque luego reconstruí los hechos con los testimonios de nuestros acompañantes, pues por entonces yo era también un guñapo de los nervios: zapateaba y berrreaba como un crío cada vez que perdíamos el balón y —con sinestesia poética— me tapaba los oídos para no ver los tiros de esquina con que Junior nos bombardeó en los últimos minutos. En los estertores del juego, la conciencia de la existencia de mi hijo se redujo a un bulto rubio y rojo que estaba puesto a mi lado derecho, incandescente y cada vez más luminoso con el correr de los segundos y los rechazos de la defensa, y al que yo no debía tocar hasta que el árbitro no hubiera dado el pitazo final.

Pero el pitazo final nunca sonó o, mejor, a nadie le importó que sonara. Antes de que eso ocurriera, Marrugo logró salirse del estanque infestado de tiburones y se encaminó hacia el arco solitario que había al otro lado. Por el raballo del ojo logró advertir que Juan Manuel abandonaba la posición recogida en que había contemplado hasta entonces el partido y se paraba en la silla, listo para saltar hacia cualquier parte. Marrugo llegó casi hasta la línea del área chica y fusiló al único defensor que había logrado ponersele enfrente. Cuando el balón chocó contra la red, hice dos cosas por primera vez en mi vida: en vez de gol grité otra palabra para celebrar la anotación de mi equipo, y me volteé para abrazar a mi hijo y felicitarlo por su primera estrella. En lo sucesivo, también él podría decir que no le importaba si el Medellín perdía otra final. ©





ENFERMO POR NACIONAL

La cosa no estaba fácil para mis papás, un filósofo recién graduado y una joven bachiller con alergia a las oficinas y a los jefes. Yo todavía no había cumplido el año de nacido cuando decidieron viajar a Venezuela —donde vivía mi familia paterna— para probar suerte con algún trabajo. La primera oportunidad se presentó rápido: vender una inmensa carga de pinzas para el pelo y otros objetos metálicos que llevaban cinco años en bodega. Era el último chance para que no chatarrizaran esa mercancía. Luego de aceptar el desafío, mis padres salieron temprano para el centro de Valencia, a la zona de quincallerías, se repartieron las calles y se quedaron de encontrar para almorzar y compartir la experiencia. Al mediodía regresó mi papá cabizbajo, apretado por el fracaso de las pinzas, pero cuando vio la sonrisa de mi mamá supo que traía buenas noticias: le había vendido todo a un par de comerciantes chinos. Ante semejante milagro, el dueño del cargamento, Alex Gorayeb, mayor accionista del Deportivo Cali en esa época y timonel de la empresa General Metálica, dijo que quería conocer a la persona que había logrado tal hazaña. “Quiero conocer a esa muchacha, me la traen ya”, dijo Gorayeb. Así regresamos de la boyante Venezuela a Medellín y mi mamá empezó a trabajar con Gorayeb, viajando a Cali con frecuencia. En Medellín mi papá había conseguido empleo en un colegio y como mi entrada a la guardería aún estaba lejos, empecé a acompañar a mi mamá en todos sus viajes a la Sultana del Valle. Mientras ella cumplía sus citas y descollaba en el mundo de las ventas, yo me la pasaba en los entrenamientos del Cali. Allí conocí el olor del limonito, y jugadores como el Tigre Benítez y la Mosca Caicedo me cargaron en sus brazos. Al calor de estas circunstancias, todo pintaba para que fuera un país hinchado del Cali; en mis primeros años regresaba a Medellín con banderines del equipo azucarero y en la familia se volvió famosa la anécdota del día que conocí al gran Wellington Ortiz. Cuentan que al ver al negro, al descubrir su pequeña humanidad, dije decepcionado “¿y este es el viejo Willy?”, ocasionando carcajadas entre los demás jugadores y en el mismo Gorayeb, a quien recuerdo por sus elegantes

pipas, siempre oliendo a tabaco de ciruela. Lo que no recuerdo es el viaje de mi mamá a Argentina, a La Bomboneira, para la final de la Libertadores del 78; Alex la llevó para que cuidara a Karim, su hijo, que me llevaba unos siete años. Era tan grande la amistad con el poderoso libanés que el carro que utilizó Salvador Bilardo cuando dirigía al Cali terminó en manos de mi padre, un Simca azul clarito con caja de velocidad de Porsche que después de unos meses quedó en pérdida total tras volcarnos en plena autopista regional. Todos salimos ilesos.

El plato estaba servido pues para que fuera un azucarero más. Yo mismo lo decía aunque todavía no sabía en realidad qué era ser hinchado, ni sabía de pasiones, solo iba pegado de las faldas de mi mamá. Ella sí se volvió azucarera y se enfrentaba a mi primo Jaime y en especial al tío Memo, hinchados furibundos del Atlético Nacional; que como se le ocurría volverme hinchado del Cali, que tenía que ser verde, pero de la montaña, decían ellos. Y yo inocente, la seguía acompañando a la sede del equipo. En medio de ese tira y afloje entre mi mamá y Memo y Jaime, llegó la época en que empecé a cobrar conciencia. Ya ellos me habían llevado al Atanasio un par de veces, pero no habían podido volverme nacionalista, aún estaba muy niño y quizás no me interesaba tomar decisiones más allá de preferir un juguete a otro. Si bien seguía más cerca del Cali por influencia materna, en diciembre de 1981 tuve un primer encuentro a solas con Nacional. Recuerdo ver la portada de *El Colombiano* entrando por debajo de la puerta de la casa; en primera plana estaba la foto del equipo formado y el titular decía “Nacional Campeón”. Nacional, el equipo del primo y del tío. Pero a mis cinco años seguía ajeno a esas pasiones aunque, sin saberlo, la semilla verdolaga ya estaba sembrada.

Un año más tarde, en 1982, en otro de los viajes a Cali, Memo nos acompañó porque al domingo jugaban Cali-Nacional en el Pascual Guerrero. Ese año, a pesar de que Nacional defendía el título, el Cali tenía una estrella más y mejores pergaminos, venía de ser el primer club colombiano en disputar la final de la Libertadores. El partido era todo del Cali, Memo sufría y mi mamá cantó a rabiar el primer gol caleño cuando empezaba el segundo tiempo. Fue un riendazo de Nadal, de zurda, inatizable para Carrabs. El partido pintaba para victoria del Cali. Faltando pocos minutos para el final, hubo un tiro libre a favor de Nacional, al cobro César Cueto. Nunca olvidaré el grito de gol del tío Memo cuando la pelota iba apenas por el aire y la felicidad mía cuando infló la red. Después entendí que Memo lo había cantado desde antes porque el balón pegó en la barrera, exactamente en Carpenne, volante del Cali, y dejó al arquero Zape lejos de atajarlo. Lo celebramos juntos, me levantó en sus brazos, gritamos. Recuerdo que mi mamá le dijo que estuvo a punto de pegarle una palmada en la cara por cantar el gol sin que entrara el balón y creo que no le faltaron ganas de darme una pela por traición. Así se supo toda la verdad, las puntadas del destino me habían hecho verde, verde de la montaña contra todos los pronósticos.

A partir de entonces empecé a vibrar como hinchado del Atlético Nacional. Ir al Atanasio en la mano de Memo o Jaime se convirtió en plan semanal y los banderines y otros suvenires del Cali fueron desapareciendo de la casa. Una de las primeras veces que fui al estadio de noche, un miércoles de 1984, jugaron Nacional-Santa Fe. Al salir del estadio fuimos a comer chuzo y a tomar fresco. Todo transcurría dentro de lo normal, recogimos el carro en las afueras

del estadio después de una media hora y emprendimos el camino de vuelta a casa. No muy lejos vimos un negro en sudadera caminando por la calle Colombia con una tulita colgando de la espalda. “¿Ese es Sapuca?”, preguntó Memo sorprendido. Nos acercamos y mi tío, que era inspector de policía, se ofreció a llevarlo a su destino. Sin pensarlo, el negro Aparecido Donisette de Oliveira se subió al puesto del copiloto y yo me pasé para la banca de atrás por encima de la palanca de cambios; no lo podía creer, quedé mudo del susto y la emoción. Habló poco Sapuca, que expulsaba un tufillo a cerveza, y aunque no fue mucho lo que estuve en el carro porque me dejaron en el barrio Carlos E. Restrepo, ahí cerca al Atanasio, fue una escena que me marcó. Negro y de barba, con ese porte, lo vi como a Baltasar, el rey mago.

Entre los años 85 y 88, o sea de los nueve a los doce años, mi amor por Nacional creció más que mi conciencia. Y conocí lo que es el sufrimiento por el equipo amado, las derrotas a manos de rivales de peso, el odio hacia ellos y el amor hacia los jugadores que defienden la camiseta. En el último partido del 87, aquel domingo fatídico que Nacional, en los pies de Beto Sierra y el Andino de Oro, botó dos penales ante el América y perdió la opción de ir a Libertadores, derramé lágrimas por primera vez. Desde ese año empecé a sufrir de seborrea capilar a causa de la angustia y los nervios, según el médico; era una caspa que se costrificaba en el cuero cabelludo y me picaba mucho. También la padecí en el octogonal del 88 cuando al final perdimos el título con Millonarios, después de empatar a uno contra Santa Fe en Bogotá. El gol santafereño de Checho Angulo fue como una cuchillada y otra vez el llanto, la frustración, la caspa. Recuerdo que me mandaron una loción llamada Seborín que para la Copa Libertadores del 89 ya me tenía aliviado. Para ese momento mis padres estaban divorciados y los fines de semana los pasaba con mi papá. Sumergido en sus libros no comprendía por qué si Nacional jugaba a las 3:30 de la tarde, yo giraba alrededor del partido desde por la mañana hasta por la noche que daban el noticiero y los goles de la fecha. “¡Enfermo por el Nacional!”, era su frase, su regaño preferido.

Para la Libertadores del 89 me deteté de Memo y Jaime y empecé a ir al estadio con gente del colegio, en especial con Daniel, compañero desde kínder, y con Ángela, la profesora de Estética. Por algún inconveniente con las torres de iluminación, los cuartos de final y la semifinal fueron por la tarde. La fiesta se armaba entonces desde el primer descanso y ya nadie ponía atención en clase. En los pliegos de cartulina que nos servían para hacer carteleras sobre el sistema solar o las partes de la célula hacíamos letreros para llevar a los partidos. El día que jugamos contra Millonarios, Daniel hizo una mano empuñada con el dedo corazón levantado y debajo una frase que no podía faltar en los cotejos contra el azul: “Pimentel HP”. Fue avalado por Ángela pero nos lo decomisaron a la entrada del estadio, no por el mensaje para Eduardo sino porque presumían que la cartulina era un material con el que se podían armar baretos. Después de eliminar a Millos y desquitarnos de los dolores que nos habían ocasionado en el 88, y en la primera ronda de esa Copa, el partido contra Danubio prometía una bacanal y así fue: se vino una lluvia de goles, un exceso de celebraciones en una tarde inolvidable. Era la primera vez que cantaba media docena de goles en un solo partido; el quinto y sexto no los cantamos a rabiar, afónicos ya de gritar, sino que nos detallamos la celebración de los jugadores. “Mirá como saltó el Palomo,



¡qué brinco metió!”. También era la primera vez que acariciábamos la posibilidad de ganar un título, uno continental, era un sueño increíble. Pero como un baldado de agua fría cayó la noticia de que la final no se podía jugar en Medellín porque el Atanasio no tenía el aforo suficiente. Cuando ya estaba resignado a verlo por televisión, porque no nos dejaron ir en bus a Bogotá, recibí la llamada de una tía que era novia de Fausto, el cantante. Que pidiera permiso para faltar al colegio miércoles, jueves y viernes porque nos íbamos para Bogotá a ver la final, que Fausto había conseguido boletas y que ella me iba a regalar el pasaje en avión. Fui el elegido entre decenas de primos de todas las edades porque en la familia sabían lo enfermuto que era por el verde.

Recuerdo la pinta con la que llegué a Bogotá y presencié el título de Copa: una camiseta OP verde de manga larga, de las chiviadas que vendían en El Diamante, y un overol índigo. Ese 31 de mayo del 89 sufrí como nunca en el primer tiempo al ver que no hacíamos gol y luego me desboqué de alegría con la remontada, aunque hubo sustos tremendos porque Olimpia estuvo a poco de descontar. En la tanda de penales, mi tía, hinchada a muerte del DIM, me cuidaba de rojo. Estuve relativamente tranquilo hasta que Pipe Pérez botó su disparo y comencé a llorar como si hubiéramos perdido, el recuerdo de los penales del 87 se me vino a la mente con la sensación de derrota. Un señor desconocido que estaba a mi lado me puso la mano en la cabeza y me dijo, “tranquilo pollito que esto lo vamos a ganar”. Todavía agradezco esas palabras que me devolvieron la confianza. Qué momento feliz en medio de la fría noche bogotana ver al equipo dar una vuelta olímpica de esa magnitud. Tanto sufrimiento se veía recompensado.

A principios de los noventa me seguí con Fausto un pase para quince personas, para la tribuna sur alta, y fundé, con catorce amigos de la unidad residencial donde vivía, la barra “El rebaño verde”. El trapo no era muy grande, creo que de ninguna tribuna se alcanzaba a leer el nombre de la barra, pintado con un verde claro y letra gordita típica de pelada de colegio de esa época. En el 91, después de eliminar a América en cuartos de Libertadores con goles del Torito Cañas y Diego Osorio, nos fuimos a celebrar a la 70; en medio del festejo unos hinchados verdes se bajaron de un R4 embadurnados de harina y me pegaron para robarme mi bandera. En ese mismo año, en diciembre, hicimos una fila de todo un día para comprar las boletas del partido que definía

el título. Con un sombrero hermoso del Bendito Fajardo quedamos campeones y por fin dimos una vuelta olímpica en el torneo local. Fue un delicioso desquite luego de las lágrimas que nos había hecho derramar La Mecha en los pies de Gareca, Battaglia y el Pipa de Ávila. Tres años más tarde, en el 94, con el rebaño extinguido y la amargura de la reciente muerte de Andrés, dimos otra vuelta olímpica en el Atanasio frente al Medallo, y al año siguiente nos volvimos a ilusionar con un gol de tiro libre de René y la Libertadores. Terminamos con la mirada clavada al piso, soportando los cánticos victoriosos de la hinchada de Gremio. En ese 95 ya estaba en la universidad y un día cualquiera me fui para la sala de periódicos de la U. de A. con el recuerdo borroso de aquella vieja portada de *El Colombiano* que había visto a mis cinco años. Quería corroborar si esa imagen era real y pedí todos los ejemplares de diciembre del 81; los miré uno a uno hasta que me encontré la portada, tal cual la tenía en mi mente. Ahí me di cuenta de que esa lejana epifanía infantil fue la que terminó por hacerme hinchado de Nacional.

La universidad, las mujeres, la fiesta, los amigos, algunas temporadas en el extranjero, toda esa mezcla y otros intereses me alejaron del estadio desde el 96. La tristeza, más no el llanto ni la seborrea, regresó con las humillaciones del 2004 ante Medellín y Junior, quizás

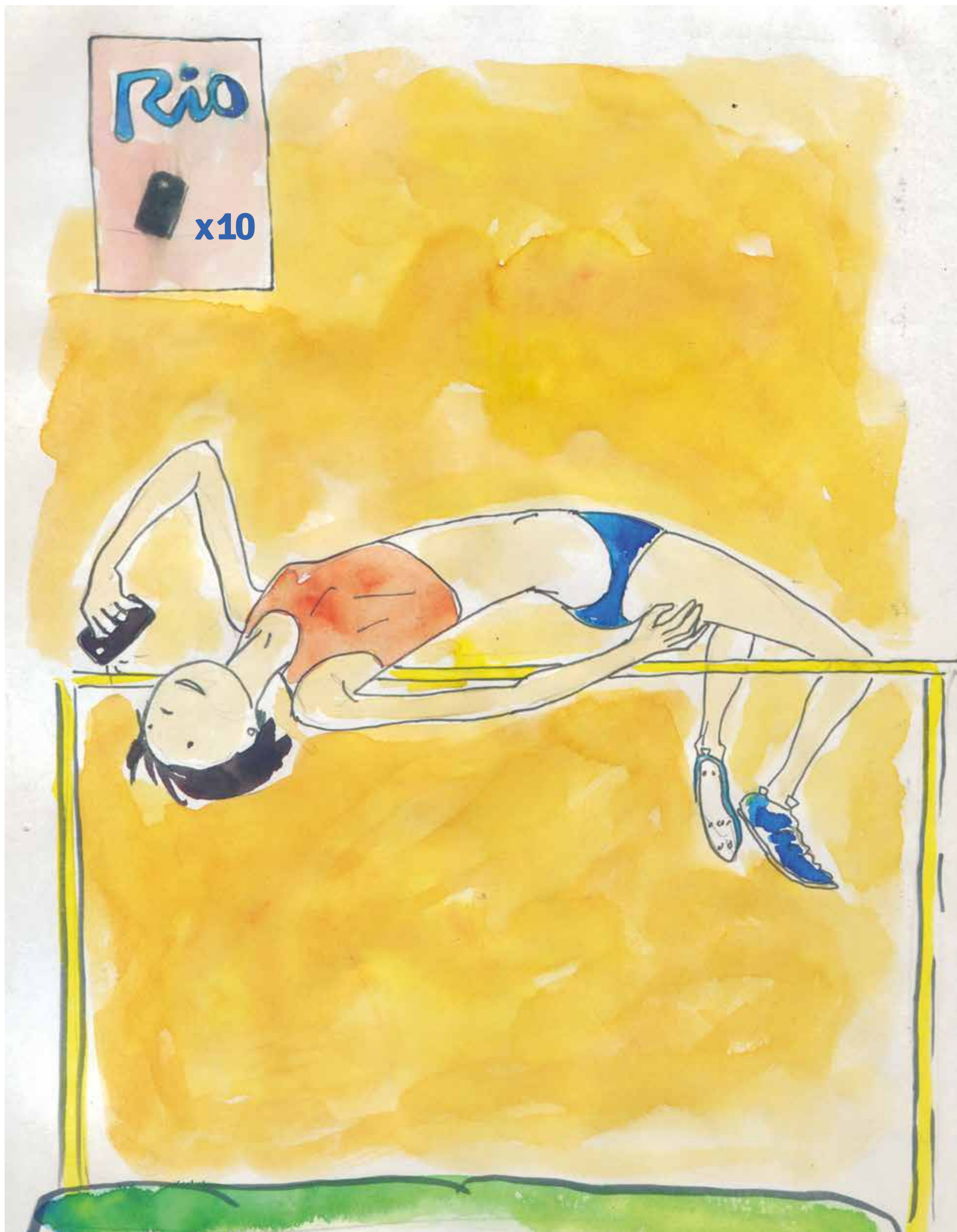
el año más duro para la hinchada de Nacional. Las vueltas olímpicas que siguieron a ese fatídico 2004 las viví con fervor en las calles, sobre todo los títulos ganados al Santa Fe en 2005 y 2013. En la final del primer semestre de 2007 tuve la oportunidad de ir al estadio y bajar a la pista atlética para dar la vuelta olímpica con los jugadores gracias a que uno de mis primos contemporáneos trabajaba en las inferiores del equipo. Ya Nacional era otro, un verdadero poderoso, muy diferente al que conocí a comienzos de los años ochenta, de media tabla y permanentes fracasos a pesar de sus grandes jugadores, mis primeros ídolos: Herrera, Santín, Carrabs, Cueto, La Rosa, Sapuca.

En 2014 estuve en Brasil y después de acompañar al verde en Porto Alegre ante Gremio y en Montevideo ante el Nacional de Uruguay por la primera ronda de la Libertadores, me agarró una nostalgia hasta rara y unas ganas insaciables de volver al Atanasio. Una vez regresé a Medellín, motivado además por la presencia y títulos de Libretica Osorio, me aboné para ir al estadio durante todo el 2015. Ya no en preferencia, sin pases oficiales, sino a la popular Norte. Con un par de amigos barbados, que parecen más filósofos que hinchados como yo, colonizamos lo más alto de la baranda, justo abajo del tablero electrónico. Otra vez víctima de la enfermedad —de la que quiero

morir y no me quiero curar— ir al fútbol se convirtió de nuevo en plan semanal, volvieron las celebraciones a rabiar, las lágrimas de alegría, la fiebre verdolaga.

En la Libertadores de este año 2016, de la mano del profe Rueda y de cracks como MacNelly, Armani, Sebas Pérez, Guerra, Alex Mejía, volvimos a acariciar la gloria continental. En el partido en casa contra Rosario Central el corazón me empezó a latir más rápido, a esta edad ya el miedo no es la seborrea sino un infarto. En los últimos minutos tuve que respirar profundo y sentarme. El gol de Berrío no lo pude gritar sino que levanté los brazos al cielo mientras la hinchada se revolvió y abrazaba convirtiéndose en una sola amalgama desenfundada. Me sentí como un dios viendo semejante escena. Luego, contra Sao Paulo, en la antessala del partido, la gente empezó a cantar el coro que dice “Yoote te vi salir campeoón del continente, vamos mi verdolaga, quiero volver a verte” y para mí fue imposible contener el llanto, volví a llorar de la emoción esta vez junto a muecos sin camisa, viejos asfixiados y mis compañeros de tribuna, con quienes suelo calentar motores y rematar partidos en el caspete de la Mona, allá donde también celebran los fundadores de la barra Aquel 54. Al son de guaro y cerveza se cocinó una nueva alegría, una nueva alegría continental. ©





vortex
www.vortexmedellin.com

8 al 12 de agosto

4a Muestra de video y experimental
Lugar: Centro Colombo Americano - MAMM

Video mapping: Conferencias y laboratorio
Restrospectiva de Mario Opazo

Organiza:

En asocio con:

Apoya:



Muestra local e internacional

ATRÉVETE A **CAPTURAR** —
— **IMAGENES**
FOTOGRAFÍA
NUEVO PREGRADO

Fundación Universitaria
Bellas Artes

ATRÉVETE • ESTUDIA • CREA

SNIES 105391

INSCRIPCIONES ABIERTAS
Teléfono: 57 (4) 444 77 87 / www.bellasartesmed.edu.co
Institución de educación superior sujeta a vigilancia por el Ministerio de Educación Nacional

Programación Agosto - Septiembre

· La Pascasia ·

Camellón de Guastatos - Cra. 42 # 46-46

MIÉRCOLES	JUEVES	VIERNES	SÁBADO
<p>Taller de dibujo La Rayada Hora: 5:00 p.m. Cinema zombie <i>Picnic at Hanging Rock</i> Dir. Teter Weir, 1975 Hora: 7:00 p.m.</p> <p>3</p>	<p>Programa radial Pase maluco con el bambuco Hora: 7:00 p.m.</p> <p>4</p>	<p>Sello discográfico/colectivo Rumba computer Hora: 9:00 p.m. \$15.000</p> <p>5</p>	<p>320.02.610.11</p>
<p>Taller de dibujo La Rayada Hora: 5:00 p.m. Cinema zombie <i>Il grande silenzio</i> Dir. Sergio Corbucci, 1975 Hora: 7:00 p.m.</p> <p>10</p>	<p>Exposición Expedientes. Juan Francisco Toro Conversatorio Hora: 7:00 p.m.</p> <p>11</p>	<p>Concierto Exposición negra Hora: 9:00 p.m. \$15.000</p> <p>12</p>	<p>Conversatorio Hora: 5:00 p.m. 1er Festival Nacional de Artes Eróticas Colombia Karaoke plancha Hora: 8:00 p.m. El último romántico \$10.000</p> <p>13</p>
<p>Concierto Orquesta La Pascasia Hora: 9:00 p.m. Aporte voluntario</p> <p>17</p>	<p>Concierto Alibombo Hora: 9:00 p.m. \$15.000</p> <p>18</p>	<p>Conversatorio Hora: 4:00 p.m. 1er Encuentro de Música Accidental y Experimental de Medellín Concierto Hora: 10:00 p.m. Bandas repugnantes \$15.000</p> <p>19</p>	<p>Conversatorio Gabriel Mata Guzmán. Venezuela, la política en tiempos de crisis Hora: 7:00 p.m.</p> <p>20</p>
<p>Conversatorio Lina Britto. Metiendo drogas en las Américas Hora: 7:00 p.m.</p> <p>24</p>	<p>Conversatorio 1er Festival Nacional de Artes Eróticas Colombia. El embalsamador en sus dominios Hora: 5:00 p.m.</p> <p>25</p>	<p>Concierto Noches del Pacífico Hora: 9:00 p.m. \$15.000</p> <p>26</p>	<p>Evento La RAYATÓN Hora: 3:00 p.m. \$15.000</p> <p>27</p>
<p>Taller de dibujo La Rayada Hora: 5:00 p.m. Cinema zombie <i>Plan 9 from outer space</i> Dir. Ed Wood, 1959 Hora: 7:00 p.m.</p> <p>31</p>	<p>Cine Cine Pascasia Hora: 8:00 p.m.</p> <p>1</p>	<p>Concierto Sonora 8 Hora: 9:00 p.m. \$15.000</p> <p>2</p>	<p>Vive la RAYATÓN</p>

* Exposición temporal:
Expedientes.
Por: Juan Francisco Toro



Foros públicos y empresariales

PAZ

porque nos une y nos separa
necesitamos entenderla

FORO 1

Julio 14 _ Parque Explora - 6:30 p.m.

Visión histórica del conflicto armado: ¿Qué nos trajo hasta acá?

Eduardo Pizarro Leongómez
Sociólogo, Relator Comisión histórica del conflicto y sus víctimas.

Víctor Manuel Moncayo Cruz
Abogado, exrector U. Nacional, Relator Comisión histórica del conflicto y sus víctimas.

Juan Luis Mejía Arango
Abogado, Rector Universidad Eafit. Moderador.

FORO 4

Agosto 25 _ Parque Explora - 6:30 p.m.

Universidad, empresa y sociedad civil frente a la paz ¿Cómo y por qué participar?

Moisés Wasserman
Exrector de la Universidad Nacional de Colombia.

Gonzalo Restrepo
Empresario, negociador del Gobierno en La Habana .

Martha Ortiz
Directora periódico El Colombiano. Moderadora.

FORO 2

Julio 28 _ Parque Explora - 6:30 p.m.

El acuerdo: puntos con puntas

José Antonio Ocampo
Economista, director de la Misión para la transformación del campo en Colombia.

Jorge Giraldo
Filósofo, decano Humanidades Universidad Eafit, integrante de la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas.

María Jimena Duzán
Periodista y politóloga, dirige el programa Semana en Vivo. Moderadora.

FORO 5

Septiembre 8 _ Parque Explora - 6:30 p.m.

Prepararnos para construir la paz: ¿Qué debemos hacer en los territorios?

Claudia López
Politóloga, Senadora de la República de Colombia.

Angelika Rettberg
Politóloga, Coordinadora Maestría en Construcción de paz de la U. de Los Andes.

Pascual Gaviria
Abogado, escritor, periodista, comentarista de la Luciérnaga de Caracol Radio, fundador y editor de Universo Centro. Moderador.

FORO 3

Agosto 11 _ Parque Explora - 6:30 p.m.

Justicia Transicional: ¿Por qué esta justicia y no otra?

Rodrigo Uprimny
Abogado y economista, exmagistrado Auxiliar de la Corte Constitucional.

Rafael Nieto
Abogado con especialización en Derecho Penal, exviceministro de Justicia.

Juanita León
Abogada y periodista. Directora La Silla Vacía. Moderadora.

PROANTIOQUIA
Fundación para el desarrollo

parque
explora

www.parqueexplora.org